LAS/12

MIRADA DE MUJERES
EN PAGINA/12
10 DE SETIEMBRE 1999
AÑO 2 • NUMERO 74

¿a qué le temen los hombres?



ellos Y LOS MIEDOS

POR MARTA DILLON

Al amor, al desamor, al compromiso, a la separación, a la pareja, a la sexualidad... y siguen las firmas de los miedos masculinos. Las mujeres ya no son lo que eran, y ellos, mal que les pese tampoco. El nuevo paisaje los atemoriza, y encima les da pudor confesarlo. Vamos, compañeros...

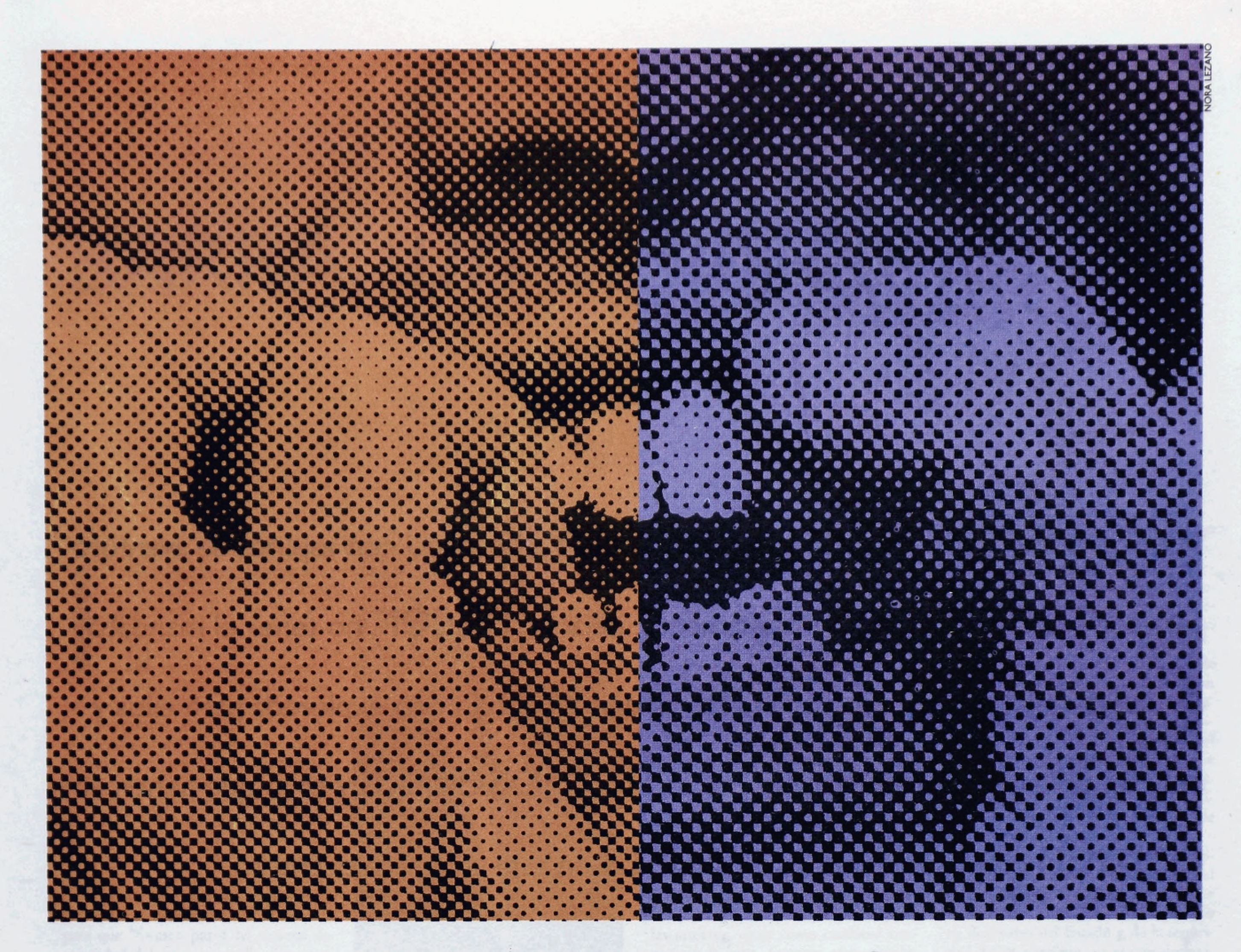
Sentados frente a frente ella y su amigo gay hablan de hombres y soledades. Andrea se queja y Fernando la consuela como puede acercándole su conocimiento sobre los hombres hasta que, sobre el final de la charla, él le suelta lo que ella no quería escuchar: "Es que es muy difícil que encuentres a alguien, sos una mujer independiente, tenés tu casa, tu auto, tu hijo, una vida armada, ¿en qué lugar cabría un hombre? Así nunca se van a animar con vos". "Pero, ¿cómo? –dice ella, lanzando gemidos de angustia–, ¿todo eso no era una ventaja?" Con el estado de cosas de los vínculos entre hombres y mujeres parece que no, que no es una ventaja para Alejandra, redactora publicitaria, 32 años y un buen pasar económico, haber podido hacer una carrera y criar un hijo sin más ayuda que su voluntad. "Y, vos sabés cómo son los hombres, cagones", dijo pocos martes atrás uno de los personajes más vulnerables de "Vulnerables", Jimena, esa chica llena de miedos y trompita dibujada a rouge que a pesar de los propios temores parece tener clara esa consigna que las mujeres enuncian con despecho aunque con la fuerza de un clamor popular. "Sí, es verdad, somos más miedosos –opina Gustavo Garzón, actor, otro de los protagonistas de la tira-psi de Pol ka–, todo nos da pavura, los problemas de salud, las situaciones límite... y las mujeres. Porque ahora es claro que ellas saben lo que quieren y cómo lo quieren. Y uno queda siempre desubicado, porque o cumplís con el personaje que ellas desean o te rechazan. La mujer es más racional y maneja todo desde su conveniencia, es muy raro que no vaya adonde quiere. Y un hombre caliente es fácilmente conducible." La sinceridad de Garzón es conmovedora, pero es fácil imaginar a cientos de mujeres elevando su queja después de esta declaración: ¿Desde cuándo somos más racionales? ¿Acaso no era que todo lo hacíamos por amor? "Eso sería antes –continúa Garzón–, ahora existe toda esa información sobre su sexualidad que te intimida. Yo aprendí lo que quise aprender, pero no a pedido de nadie, uno debe ser lo que es, si tengo que tomar clases y modernizarme por una exigencia ya no me sirve, estoy en problemas."

"Las mujeres están más fuertes y el orgullo por el trabajo, el estudio, el buen sexo (cuando es posible), la maternidad muchas veces asumida en soledad y el poder político generan un espíritu de género que abarca desde las mujeres pobres de los barrios suburbanos hasta las académicas e investigadoras, pasando por las amas de casa y las empleadas. ¿Qué pasa con los hombres? Aunque las buenas conciencias les prometan ganancias a futuro, ellos se sienten perdedores", dice Irene Meller en su trabajo inédito *Mujeres y varones: la crisis vincular a fines del milenio.*

Patricia echa cera caliente sobre las piernas de su clienta y con ella vuelca sus quejas. "Yo me fijé un límite y lo cumplí, me tuve que abrir, ¿cómo puede ser que esté virtualmente separado de su mujer pero no pueda tomar la decisión de irse de su casa? Dice que no tiene dinero, pero eso es una excusa, lo que no tiene es dignidad." Y la clienta, más preocupada por el sufrimiento al que se somete voluntariamente mes a mes, vuelve a repetir: "Es que los tipos son así, no se la bancan solos". Esa conciencia de género de la que hablaba Meller parece haber puesto en boca de muchas mujeres esas generalizaciones que nunca son buenas pero que antes parecían ser patrimonio masculino cuando, sentados en la mesa de un bar, por ejemplo, lanzaban la conocida letanía: "Las minas son todas iguales". Claro que ese ser iguales se modificó espectacularmente en los últimos cincuenta años y aquella frase de Virginia Woolf en *Un cuarto propio* no funciona como entonces. La mujer ya no sirve de espejo para reflejar al hombre al doble de su tamaño. "La construcción social del género mujer fue siempre un buen recipiente de lo devaluado de los hombres. La ciencia es androcéntrica, el eje paradigmático es el hombre y la mujer quedó del lado de lo no admitido. Pero en un sistema tan interdependiente es impensable que el movimiento de una de las partes no tenga consecuencias sobre la otra. La definición de la masculinidad es más que todo una definición por la negativa a no ser mujer, no ser niño, no ser homosexual", dice el psicólogo Norberto Inda, describiendo lo que se observa en su experiencia clínica con hombres. "Si bien este cambio de las mujeres, que ya no esperan que sea un hombre el que les dé su categoría –el 'hacerse mujer' después del primer coito– ni tampoco les resulta indispensable como proveedor podría ser ocasión para que nosotros pensemos de qué carteles estamos colgados, aparece un reforzamiento de lo más arcaico masculino, una huida del encuentro, del vínculo, porque temen encontrar una mujer que no es lo que era. Esto está estructurado en forma recíproca, 'soy lo que ella no es'. Ahora si ella es, ¿dónde me pongo?, ¿qué hago con mi identidad? La huida es la salida", agrega Inda.

EL MIEDO ORIGINAL

Luis tiene 34, es docente en una escuela secundaria y hombre de pocas palabras, aunque las suficientes para expresar su desconcierto. "El problema es que ahora no te dejan hacer nada, no te dan tiempo, se sirven solas el vino, te pasan a buscar y antes de que uno pueda esbozar una palabra ya te están diciendo lo que sienten, ¿cómo no te vas a asustar?". Alejandra, que entendió que algo de razón tenía aquel amigo que le enunció sus ¿dificultades? para relacionarse, intentó también un cambio de actitud. "Desde que era adolescente hasta ahora cambiaron mucho las cosas, cuando recién salí a las pistas, a los 20, bastaba mirar fijo a un hombre para que todo empezara. Ahora podés estar apretándote en una discoteca que a la hora de irse a la cama



te ponen excusas de quinceañeras vírgenes. Por eso ahora parece que fuera mejor mostrarse débil, que eso los hace sentirse más cómodos." "Los hombres que intentan salir del modelo machista tradicional y expresan sus miedos, su ternura, su sensibilidad de una manera más femenina al principio son recibidos con beneplácito. Pero después son rechazados porque ellas dicen 'es un flojo, yo necesito un hombre'. Entonces es como el juego de la oca, se avanza un casillero, se retroceden tres", dice Sergio Sinay, con una larga experiencia a cuestas en el trabajo sobre la identidad masculina. Sinay reconoce un miedo patrón, "el miedo masculino a la ira femenina", que él ubica en la carencia de modelos emocionales masculinos. "El varón teme los cambios en el estado de ánimo de las mujeres, es algo que no sabe manejar. Cuando uno es chiquito sabe que si se porta bien la mamá no se va a enojar, pero de grande ese comportamiento no sirve, no está bien visto por el resto de sus congéneres. Además, los cambios en los varones son menos ricos, menos plásticos. Parece que la única emoción permitida es la bronca. Un varón frente a otro varón no va a recorrer muchos más estados de ánimo que el enojo", concluye.

"Los hombres siempre han tenido temores, pero en esta época están más definidos por el cambio de actitud de las mujeres. Pero en esto es insoslayable –asegura Inda– el hecho de que todos somos criados por una mujer. Embriológicamente fuimos potencialmente mujer, se tuvo que agregar el cromosoma y para redoblar la tendencia, pero esto es formidable porque tiene una reedición en nuestras vidas. Nuestro primer contacto, el primer olor, las primeras caricias son con una mujer, la madre. Los varones atraviesan una doble desidentificación, porque tienen que separarse de la madre, ese personaje omnipotente, al crecer y además para ser hombres. Separarse de esa primera patria hace que el hombre, metido en una cultura patriarcal milenaria en la que la mujer no fue lo más valorado, reprima cualquier conducta que lo identifique de nuevo con esa mujer, tiene terror a la pasividad, a quedar entregado como en ese primer tiempo en que fue dependiente de otra." Lo cierto es que a pesar de que desde la publicidad misma –gran reforzadora de estereotipos– se plantean nuevos arquetipos de hombres sensibles, ver a un hombre llorar es casi una imagen de culto y todavía se desconfía del "tipo tierno", dejándolo del lado de la debilidad o incluso de la homosexualidad, donde aún se deposita toda la ternura posible entre dos hombres. "Algo está cambiando igual, para mí por lo menos cambió. La primera vez que un hombre me dio un beso en un taller de teatro casi lo denuncio, ahora nos podemos decir te quiero y ya no me siento homosexual", dice Gustavo Garzón con firmes intenciones de superar sus miedos.

RENDIR EXAMEN

"Cuando era joven y bella los hombres me seducían. Ahora que me protegen los años me doy cuenta de que más de una vez, en el debate intelectual, si pudieran me ahorcarían", dice la periodista Norma Morandini, que debatió públicamente con Gilles Lipovetsky, autor de *La tercera mujer*. "Hay cosas que dice este hombre que son patéticas: 'Chicas, ahora que son iguales, ¿por qué no les gusta la pornografía? Dice eso cuando es un valor absolutamente masculino, por qué no se pregunta 'muchachos, ¿por qué no juntan sexualidad y ternura de una vez en lugar de buscar evas y marías?'. Una sola mujer es infinitamente mejor porque es muchas a la vez y se privan de eso por buscar dividida a la madrecita y a la pecadora." Morandini no duda en ubicar el centro de todos los temores masculinos en "esa gran hendidura que tenemos las mujeres. Ellos son todos para fuera, hasta en la configuración física, y nosotras con ese gran misterio entre las piernas". Por esa hendidura hemos pasado todos, hombres y mujeres, aunque después ellos sostengan el desafío de saciarla. ¿Y cómo hacerlo cuando sabemos que de ese mismo pozo de los deseos nacen los hijos? "Hay una dimensión atemporal mitológica en esa cavidad misteriosa de la mujer, un terror transhistórico como continente incognoscible que al mismo tiempo que da la vida puede dar muerte no sólo a los hijos sino a todo elemento que la penetre", dice Inda recordando, entre otros, el famoso mito de la vulva dentada. El problema es que muchos hombres siguen creyendo que tienen que llenar eso que está vacío, situando la sexualidad exclusivamente en los genitales y la valoración de sí mismos en la eficiencia. "Si uno no es eficiente se convierte en medio hombre y ser eficiente está asociado a la erección. El que dice que no, miente", asegura Garzón y de hecho los consultorios sexológicos están plagados de hombres que se sienten minusválidos porque su pene no responde como ellos querrían, como si ésa fuera la única vara para medir la intensidad de un encuentro sexual.

"Conozco muy pocos hombres que entran a lo sexual con espíritu de aventura para ser recorridos íntegramente, dejarse hacer, no tener el mandato de que pase tal o cual cosa. La cola es una zona poco explorada para ellos y muy sensible, pero se emparienta con lo homosexual y es lo que tienen en común con las mujeres. Eso asusta en esta cultura falocéntrica", reflexiona Inda. Es que todavía tiene vigencia ese viejo chiste en el que un náufrago varado con una mujer en una isla, después de varios encuentros pasionales, le pide a ella que se disfrace de hombre para poder contarle "la mina que se ganó". El encuentro sexual aparece como una performance de la que es posible jactarse, que suma puntos, no una experiencia a descubrir con otra u otro. Y en el tren de anotar puntos, las chicas se han puesto difíciles

> "Hay una dimensión atemporal mitológica en esa **cavidad** misteriosa **de la mujer**, un **terror** transhistórico como continente incognoscible que al mismo tiempo que da la **vida** puede dar **muerte** no sólo a los hijos sino a todo elemento que la **penetre**."



"Conozco muy pocos hombres que **entran** a lo sexual con espíritu de aventura para ser **recorridos** íntegramente, dejarse **hacer**, no tener el mandato de que pase tal o cual cosa. La **cola** es una **zona** poco explorada para ellos y muy sensible, pero se emparienta con lo **homosexual** y es lo que tienen en **común** con las mujeres. Eso **asusta** en esta cultura falocéntrica."

para ellos, porque saben lo que quieren y lo que no saben pueden averiguarlo en cientos de textos escritos en la última mitad del siglo, textos que no han avanzado tanto cuando se trata de la descripción del universo sexual masculino, situado sólo entre las piernas. "Si se trata de demostrar –concluye Inda–, en estos tiempos, la huida es lo más fácil."

CAMBIOS

Dicen las estadísticas que son los hombres divorciados los primeros en volver a casarse y se escucha de voces femeninas que ellos temen comprometerse. "Para mí le temen al dolor en todas sus formas", dice terminante Patricia, depiladora y oreja de tantas mujeres que se acuestan en su camilla. "Así como los asusta cualquier enfermedad, como se quedan en cama e inválidos frente al mínimo desorden de su salud, le temen al amor porque el amor duele", dice haciendo gala de una filosofía popular que todos conocemos. El amor duele, seguro, aunque a riesgo de caer nuevamente en generalidades, a las mujeres nos duele sobre todo su ausencia. "Estoy cansada de tener historias con tipos que cuanto mejor la pasan más rápido se van, como si la posibilidad de tener una pareja fuera sólo quedar atados a la pata de la cama", se queja Alejandra. Con claro sentido común, Sinay se enoja al escuchar eso que de tan repetido perdió su significado: "¿Miedo al compromiso? En un vínculo afectivo el compromiso es un punto de llegada, no de partida. Empezar comprometidos a qué, si somos dos desconocidos. El compromiso es compartir una promesa, podemos hacerlo sólo si nos conocemos, no después de la primera noche".

"A mí me choca un poco hablar de hombres huidizos porque, aunque es una tendencia, también está la otra muy fuerte, que habla de los hombres que se aparean rápidamente después de su divorcio. Por supuesto que si hablamos de compromiso teniendo como horizonte a la pareja. Esta no es una buena época, porque el valor está puesto en la inmediatez absoluta, el puro presente y la individualidad militante. También son las mujeres las que deciden la mayoría de las separaciones. Hay una frase que escuché y me parece muy gráfica: los hombres están pendientes de la mujer que ya no es y las mujeres, del hombre que todavía no llegó", opina Inda.

Lo cierto es que a simple vista de las estadísticas, ellos siguen creyendo que no es bueno que el hombre esté solo. "Necesitan a la madrecita o a la enfermera –dice Norma Morandini–. Nosotras estamos entrenadas en el contacto íntimo, con las amigas, con nuestro cuerpo, estamos obligadas culturalmente a ir al médico. Los hombres no, no se miran hacia adentro, nadie habla de sus problemas con los años más que en relación a la erección, no hablan de depresión, de su angustia. Necesitan de nuestro espejo, de nuestro training en preguntarnos qué somos, quiénes somos." Esta contradicción entre el miedo a formar pareja y el miedo a estar solos parece hablar de temor a los cambios, ya sea de dejar entrar a alguien más a su vida o de enfrentarse a solas a eso que les negó la cultura, lo cotidiano, lo doméstico. "Muchos hombres parecen verdaderamente amputados cuando se divorcian porque depositan masivamente todas las funciones de cuidado sobre sus mujeres. Después se mudan y la casa propia es un desastre, no porque no puedan comprarse la cortina que más les gusta, sino porque carecen de ejercicio en esos menesteres." Para Norberto Inda ésta no es la única clave del emparejamiento compulsivo que padecen algunos hombres, también en esa división entre "tener un otro como garante de mí, saber que estoy en la cabeza de alguien privilegiadamente y por otro lado, buscar el erotismo y la sexualidad afuera. ¿De dónde salen si no todos esos hombres que buscan travestis en Palermo y después vuelven a sus prolijas casas?".

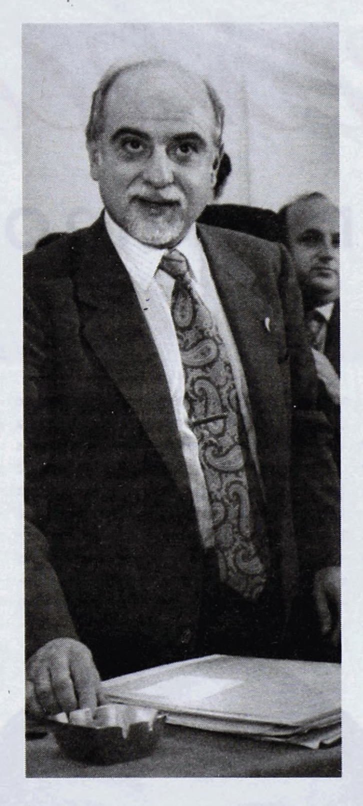
El miedo a lo desconocido, el miedo en general, no es una patria masculina. Hombres y mujeres atravesamos la vida cargando la mochila de nuestros temores. "Los hombres nos ven como un enigma y creo que somos seres muy contradictorios porque esto que se llama la 'revolución de las mujeres' lo hacemos con mucho dolor. Todavía llevamos dentro la mujer chiquitita con la que nos han educado, la que queremos ser, la que el hombre espera que seamos. Cuando una mujer verbaliza miedos, enseguida hay un hombre que se reconoce", dice Morandini y es fácil reconocerse en sus palabras. Los cambios que provocaron las mujeres tienen también a la otra parte como protagonista; al fin y al cabo no hay nada más aburrido que bailar sola. Si se han perdido algunas de esas seguridades –que él pague la cuenta, que ella espere la propuesta antes de actuar–, tal vez éste sea el mejor momento para entregarse a la aventura de un encuentro como un territorio a descubrir, sin planes, sin prejuicios, abiertos a lo que está por venir, contando con el miedo como un compañero inevitable pero al que hay que enfrentar.

TAPA: DG ROS • FOTO: NORA LEZANO

BARRA, *un viejo conocido*

POR S. R

Esta semana, una denuncia presentada ante la jueza Clara do Pico por la diputada Alicia Castro, del gremio de los Aeronavegantes, puso al ex ministro de Justicia Rodolfo Barra nuevamente en el centro de la escena. Esta vez porque, al frente del Organismo Regulador del Servicio Nacional de Aeropuertos, firmó una resolución según la cual se acordó, entre la empresa Aeropuertos Argentina 2000 –del concesionario Eduardo Eurnekian– y la Fuerza Aérea, que la empresa privada quedaría a cargo de la compra de los insumos, los sistemas y la infraestructura de apoyo que "una vez adquiridos y habilitados" serían cedidos al Estado para que "formen parte del sistema de seguridad del área nacional", claro que sólo "en lo que pudiera corresponder". En la nota de tapa de este diario del miércoles 8, Martín Granovsky desovillaba el nudo de esa resolución oscura, tras la que hubo fondos de la Fuerza Aérea destinados a un control que no se hizo, después de que el dinero no llegara y antes de que el avión de LAPA se cayera, provocando la muerte de 65 personas.



El ex ministro Barra es un viejo conocido de los grupos de mujeres que desde hace años vienen peleando para tener, módicamente, una ley que provea anticonceptivos en hospitales públicos, intentando sincerar esa escena en la que muchas, muchísimas, no tienen recursos ni materiales ni psicológicos para evitar un embarazo, y después tampoco tienen la opción de interrumpirlo. El círculo es vicioso y conocido: la falta de esa ley hace que el aborto sea el método anticonceptivo más difundido, con su secuela de muertes por mala praxis. Barra fue quien desde su cartera de Justicia piloteó el boicot a esa ley que a nivel nacional tuvo una media sanción en Diputados y murió de muerte natural en el Senado, después de lobbies intensos en los que la Iglesia Católica presionó para que todos los habitantes de este país, y especialmente las mujeres, vivan como católicos aunque no lo sean. Sostuvo empecinadamente aquel anacronismo desmentido hasta por prestigiosos médicos católicos según el cual el Dispositivo Intrauterino (DIU) es abortivo, y lideró una corriente de opinión minoritaria pero empalagosa que se empeña en cacarear que atrás de toda noción de Salud reproductiva, Paternidad responsable o Planificación familiar lo único que hay es una ofensiva gramsciana para que todas las mujeres empiecen a abortar como locas, como si quienes demandan la despenalización del aborto promovieran irresponsablemente la interrupción de aquellos embarazos no deseados y como si lo que se estuviese reclamando, en todo caso, no fuera un mal menor sino un permiso perverso.

Uno de sus últimos cargos fue el de asesor presidencial para la Protección de los Derechos del Por Nacer, un antecedente de ese otro invento típicamente argentino que fue instaurar el Día del Niño no Nacido, un gesto que permitió pavonearse orgulloso al presidente Menem por los pasillos del Vaticano como un verdadero ejemplar de los más papistas que el Papa.

El hombre que alguna vez fue fotografiado haciendo un saludo nazi, el mismo que hoy es sospechado de haber favorecido a un concesionario privado en desmedro del Estado y de la seguridad de los pasajeros, es el que declaraba en enero de 1998, al ser consultado sobre las mujeres que se ven presionadas a abortar, que "hay un feminismo mal entendido que habla de los derechos de la mujer. Estos tienen el mismo alcance que los del hombre, todos tenemos derecho a hacer hasta cierto límite de nuestra vida lo que queramos, pero sin dañar a otro". El mismo concepto podría aplicarse, por qué no, a los negocios.

RAMOS GENERALES

Disquetes sobre mujeres



A instancias de un proyecto ideado por las abogadas Haydée Birgin y Norma Sanchís que recibió amplio apoyo de equipos de ONGs de mujeres de todo el país, acaba de editarse *Actividad Legislativa, 1998*, un par de disquetes que, además del texto de la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires, el reglamento interno de la Legislatura, la composición de las comisiones de trabajo y sus respectivas competencias, incluye todas las leyes aprobadas y proyectos pendientes que tengan relación con la participación ciudadana y la mujer. El emprendimiento contó con el apoyo de Unifem –Fondo de Naciones Unidas para la Mujer–, y puede retirarse gratuitamente, de 10 a 18 hs., en la sede de la Comisión de Descentralización y Participación de la Legislatura, Perú 174. Otra opción es contactar al Equipo de Seguimiento, Investigación y Propuesta de Políticas, esipp@hotmail.com.

LA DEL DÍA DESPUÉS

A principios de junio, las autoridades francesas autorizaron la venta libre en farmacias de NorLevo, una variante de la "píldora del día después". A diferencia de la IVG, esta fórmula no contiene estrógeno, por lo que no genera náuseas ni posibles malformaciones en el feto en caso de que el embarazo siga adelante. Ingerido hasta 72 hs. después de la relación, la efectividad de la anticoncepción es del 90 por ciento, pero asciende al 99 por ciento si se recurre a él dentro de las primeras 24 hs. Sin embargo, a pesar de su autorización para compra sin receta –una decisión más que sensata, puesto que conseguir una autorización médica sólo hace peligrar sus efectos–, las encuestas demuestran que la mayoría de las mujeres no saben del acceso irrestricto, quienes deben informarles al respecto –llámese farmacéuticas y farmacéuticos– no lo hacen, niegan estar al tanto, o intentan disuadir a la compradora del uso.

CAMBIO SEXUAL ANDALUZ



"Afortunadamente, voy a tener la oportunidad de ser lo que siempre he querido: una mujer", anunció Bibiana Montoya López, tras lograr que el Servicio Andaluz de Salud accediera a su pedido de realizarse la operación que transformará su cuerpo masculino en uno de mujer en un servicio público. Antes de conseguir que la intervención –que se concretará hacia octubre– fuera enteramente financiada por la salud pública, Bibí, una ex transformista de clubes de Almería que en estos momentos trabaja como empleada de una hostería, se prestó a un test psicológico –que "ha sido muy favorable"– y comenzó a tomar hormonas para allanar el camino a la transformación.

LIBRERIA

Una de vampiros



Tal vez por su propio nombre no resulte fácil identificar a Anne Rice, pero las cosas cambian cuando se la cita como la autora de *Entrevista con un vampiro*, el best-seller que dio lugar a la película homónima –ésa con Tom Cruise y Brad Pitt tan deliciosamente cargada de tensión (homo)sexual-. Pues bien, Anne –que es considerada por la crítica especializada como la sucesora de Stephen King– ha de haber aprendido muy bien la ecuación vampiros-historia mundial-amor-inmortalidad-sufrimiento, ya que, además de acumular varios títulos sobre el tema, acaba de editar *La vampiro Pandora* –Ed. Atlántida–, una novela que sigue la historia de Pandora desde su juventud mortal en la antigua Roma, su exilio y consecuente iniciación en la inmortalidad, sus días en la Francia del siglo XVIII y culmina en nuestros días.

EL CAMAFEO

Historia de Mary Poppins



La australiana Pamela Travers –*née* Helen Lyndon Gough–, hija de un directivo de banca muerto joven y una mujer desconsolada y poco atenta con su descendencia, abandonó el hogar para ganarse la vida como bailarina y actriz. Durante un viaje a Nueva Zelanda conoció a su gran amor, un periodista que la alentó a escribir en su diario, el mismo en el que, en 1926, vio nacer al personaje más celebre de Pamela: Mary Poppins. Tras la separación, la autora se radicó en Reino Unido, donde se dedicó a publicar poesía erótica –llena de referencias fálicas y simbolismos– y coleccionar amantes. Hacia 1934, recopiló las historias sueltas de la chica del paraguas y obtuvo un best seller. En sus últimos años de vida -falleció a los 96, dueña de una lucidez envidiable–, se interesó por las religiones orientales, en especial por una secta seguidora de Krishna. Un detalle interesante: siempre detestó a Disney y su versión de Mary Poppins por "edulcorada y empalagosa".

SEÑORAS Y SEÑORAS

Anjelica dirige



A sus 48 años, Anjelica Houston decidió asumir el (enorme) legado de su padre y convertirse en la creativa detrás de la cámara. Su ópera prima, *Agnes Brown*, en la que además interpreta el papel protagónico –pero sólo por cuestiones de contrato, aclara–, trata la historia de una mujer de clase media baja casada con un pusilánime –Tom Jones– que debe enfrentar sola, aunque con la solidaridad de sus amigas, la maternidad y la vida cotidiana. En tren de promocionar su realización, Anjelica concedió un delicioso reportaje a la *Elle* francesa, en el que, además de confesar que el más grande amor de su vida fue –y es– su padre, afirma que, para ella, "los hombres son absolutamente necesarios en la vida, en el placer, en la felicidad de las mujeres. Soy incapaz de enfrentar la vida, y por lo tanto también el cine, sin hombres".

Memorias de una geisha, del norteamericano Arthur Golden, servirá a Steven Spielberg como guión de su próxima película. Desde hace semanas el libro es uno de los más vendidos en Estados Unidos, provocando un geisha-boom del que se hizo eco Madonna en su nueva versión mediática. La novela abre la puerta del mundo misterioso en el que una casta de mujeres son educadas desde niñas para mantener entretenidos a los hombres.

LIBROS

Geishas con memoria

POR SANDRA RUSSO

Probablemente *Memorias de una geisha* (Alfaguara) no provoque el ingreso de su autor, Arthur Golden, al pabellón de los escritores de novelas célebres ni al de los escritores célebres de novelas, pero el mérito de este graduado en Harvard en Historia del Arte que se especializó más tarde en Historia Japonesa en Columbia y que residió durante varios años en Tokio no es poco. Su prosa, discreta pero delicada, está puesta al servicio de un tema que Golden conoce a la perfección, y lo que sedujo de la novela –un best seller inequívoco en Estados Unidos, que desató un geisha-boom que registran las revistas femeninas, del que Madonna se hizo eco en su nuevo vestuario, y que pronto se convertirá en el guión de la nueva película de Steven Spielberg– es que no es otra cosa que una puerta que se abre y deja al descubierto un universo sobre el que los occidentales saben poco, que los fascina, que parece encubrir alguna rara clave sobre la masculinidad y la feminidad, y que está marcado a fuego por una cultura milenaria que responde a una visión completa del mundo.

Golden sitúa la escena –el relato que hace de su propia vida Sayuri, una geisha de Kioto instalada desde su madurez en Nueva York– en el Japón de entreguerras, y más precisamente en el distrito de Gion, unas cuantas manzanas de Kioto desbordantes de casas de té, en las que centenares de geishas trabajaban llevando a cabo ese aparente no-trabajo que consistía en hacer amable el tiempo que sus clientes pasaban con ellas.

Las geishas también tienen dinastías, pero el personaje central de la novela nació como Chiyo, hija de pescadores pobres. Como miles de niñas de la época, Chiyo fue comprada poco antes de la muerte de su madre, a sus cinco años, para ser educada en una *okiya*, una casa de geishas. El tránsito que hará la pequeña Chiyo desde su Yoroido natal hasta la *okiya* Nitta, de Gion, es el mismo que hace el lector: ella no sabe nada de geishas, ignora los pasos que deberá dar para convertirse en una de esas mujeres deslumbrantes que caminan de a dos o tres por las calles de la ciudadela rumbo a las casas de té. No sabe los códigos sagrados, las jerarquías irrompibles, las artes que deberá aprender para ganar prestigio en ese mundo hipercompetitivo pero enloquecedoramente cortés y gentil en el que nadie dice lo innecesario ni pregunta lo que no cae de maduro.

La historia de Sayuri se irá desprendiendo del relato que hace ella misma, ya vieja e iluminada por su buena estrella, pero al que imprimirá los temores, las incertidumbres y los desgarros por los que tuvo que pasar sin otra alternativa, porque una cosa quedará clara desde el principio: las geishas no tienen otra opción que ser quienes son. El de geisha puede ser un destino con mayor o menor suerte, con mayor o menor disfrute, pero no es un destino que se elija.

GEI: ARTE

En las *okiyas* solía haber una geisha exitosa y consagrada y otras de menor jerarquía, algunas criadas que las atendían y una dueña de casa, una madre. Las criadas, si tenían posibilidades y suerte, podían convertirse en aprendizas desde antes de los diez años. Comenzaban a ir a una escuela de geishas, donde eran instruidas en las artes con las que después deberían deleitar a los hombres: la tarea que definía a las geishas estaba emparentada mucho más con la sensualidad que con la sexualidad. De hecho, para el sexo había prostitutas. Una geisha era contratada para tocar el *shamisen*, para bailar, para alumbrar a todos con la delicadeza de su complicadísima vestimenta y sobre todo para mantener con ella conversaciones ágiles y achispadas que hicieran olvidar a los hombres todas sus preocupaciones.

En la introducción de la novela, cuando el falso traductor revela cómo fue el encuentro con Sayuri y describe su perplejidad cuando la dama decide relatarle su vida, Golden escribe que "las geishas no tienen la obligación de hacer votos de silencio, pero su existencia se basa en la convicción, típicamente japonesa, de que lo que sucede durante la mañana en la oficina y lo que pasa por la noche tras unas puertas bien cerradas son cosas muy distintas, y han de estar separadas en compartimentos estancos. Las geishas sencillamente no dejan constancia de su existencia". El arte de entablar una relación distendida y a veces profunda con un hombre sin hacer preguntas indiscretas ni internarse en el terreno fangoso de las confesiones, o el de amenizar una fiesta con chistes y provocaciones seductoras pero siempre elegantes, era aprendido sin palabras, transmitido de geisha a geisha. A los hombres que cada tarde o cada noche se reunían en los salones reservados de las casas de té no les daba lo mismo cualquier geisha, ni cualquiera de ellas podía convertirse en una de las más solicitadas sólo por su belleza o por su gracia al tocar el *shamisen*: una geisha estúpida no tenía éxito. La agilidad mental, el tacto para saber cuándo cambiar de tema, cuándo ofrecer más sake o declinar el

convite, cuándo demostrar conocimientos sobre algo o cuándo fingir la más absoluta ignorancia, ésas eran las claves.

"Es preciso recordar que una geisha es ante todo una actriz, alguien que te divierte", dice Sayuri. Había que saber canciones de diferentes tipos, baladas populares, canciones de teatro Kabuki, poemas musicalizados. Había que saber tocar varios instrumentos musicales, de cuerdas y percusión. Había que ser experta en la ceremonia del té, más parecida a un baile que a un grupo de gente sorbiendo un líquido verde y caliente.

Los juegos grupales también eran importantes, inocentes aunque pícaros: por ejemplo, según relata Sayuri, uno de ellos consistía en que cada participante de una fiesta debía contar dos historias, y los demás debían adivinar cuál de ellas era verdadera y cuál falsa. El que perdía, se tomaba una copa de sake. El mundo de las geishas y sus clientes constituía una trama ligera, translúcida y refinada que velaba una escena en la que después de todo sólo había hombres y mujeres dispuestos a divertirse sin perder, en el camino, su modo de ser japoneses.

EL MIZUAGE

Una aprendiza se diferenciaba de una geisha no sólo por el esplendor todavía no del todo revelado de sus kimonos, sino además por su peinado. Una aprendiza era virgen, y su peinado, llamado "durazno abierto" –el pelo enrollado y partido al medio, sujeto en un trozo de tela, siempre seda roja–, que remitía simbólicamente a una vagina que se ofrecía intocada. El peinado era tan rebuscado e incómodo que la primera visita al peluquero implicaba además, a partir de esa noche, el aprendizaje de una nueva forma de dormir, de lado, y sobre un nuevo tipo de almohada, un *takamakura* que permitía apoyar la cabeza pero dejándola inmovilizada durante toda la noche. La virginidad de las aprendizas terminaba en el *mizuage*, el debut sexual para el que, si la niña –de unos catorce, quince años– era muy solicitada, los clientes hacían, como en un remate, sus ofertas a la dueña de la *okiya*: toda la educación, los alimentos, los gastos de las niñas en sus años iniciales y los de su manutención durante su vida como geishas –que por lo demás eran muy placenteras: eran servidas por las criadas y, de día, su ocupación consistía en visitas a los fabricantes de pelucas o a los videntes para que les leyeran el horóscopo– eran devengados de los ingresos que ellas generaban yendo cada tarde y cada noche de fiesta en fiesta.

Por lo demás, de una geisha consumada, no se esperaba más que el despliegue de sus artes, que incluía sus juegos de seducción. Estos eran enseñados, más que por las maestras de la escuela de geishas, por la "hermana mayor" que algunas "hermanas pequeñas" lograban tener. Eran geishas importantes que se hermanaban con otras menores y que consideraban prometedoras. Las ponían bajo su ala, las llevaban a todas las fiestas, les presentaban a sus clientes, las recomendaban a las dueñas de las casas de té, y les revelaban todos sus trucos. En una de las primeras fiestas de Sayuri, Mameha, su hermana mayor, le enseña cómo servir una simple taza de té haciéndole creer al hombre que tiene delante que le permite ver una parte de su cuerpo a la que ningún otro tiene acceso: le dice a Sayuri que, al extender el brazo para servir el té, se suba la manga del kimono por encima del codo, de modo que el hombre pueda ver la piel de la parte interna del antebrazo. "Debes asegurarte de que todos los hombres que se sienten a tu lado lo vean por lo menos una vez", dice Mameha. El ejercicio duró toda una tarde. Sayuri debía subirse la manga del kimono pero dando la impresión de que el gesto era inconsciente, de que estaba concentrada en el té, y antes de hacerlo debía ubicarse en el piso a la izquierda del hombre en cuestión, para que al servir la taza su antebrazo derecho quedara expuesto a la mirada del cliente. La recomendación de Mameha incluía hacer todo lo contrario si las circunstancias ponían a Sayuri en la situación de servir una taza de té a una vieja geisha: de ninguna manera una aprendiza joven y lozana podía mostrar su piel a una mujer mayor, para evitar poner en evidencia lo irreversible del paso del tiempo.

EL DANNA

Los clientes de las geishas en general eran hombres casados a los que sus esposas no les reprochaban esa forma de diversión. Excepcionalmente, algún soltero quedaba prendado de una de ellas y la convertía en su mujer. Muchos las dejaban embarazadas y las obligaban a abortar, pero otros, sin reconocer al hijo, lo protegían y jugaban un rol parental durante toda la vida. Algunos se encariñaban con una geisha y la contrataban noche tras noche durante meses o años. Pero la relación más fuerte entre un hombre y una geisha se establecía cuando él se convertía en su *danna*.

Ser el *danna* de una geisha implicaba hacerla su amante, y en cuestión de sexo, tener su exclusividad. Pero ningún danna se oponía –ni hubiese estado bien visto hacerlo– a que su geisha siguiera cobrando por divertir a otros. Cuanto más solicitados eran los favores sociales de su geisha, más orgulloso estaba el hombre de ser su *danna*. Las tratativas para ser *danna* se llevaban a cabo con la dueña de la *okiya* respectiva –muy, muy pocas geishas célebres lograron ser trabajadoras independientes–, que era adonde irían a parar los aportes del varón: pagaría parte de la deuda de la geisha con su *okiya*, sus maquillajes, su escuela, su médico, y le haría regalos importantes. Para celebrar el hecho de que un hombre se convirtiera en el *danna* de una geisha, se hacía una ceremonia formal. La relación solía durar unos seis meses, que es por lo general lo que, al menos en Japón y en esa época, duraban las grandes atracciones•



La SEÑORA de las noti

POR MOIRA SOTO

Tampoco es que ella se haga la doña Rosa, pero sin duda hay algo de vecina campechana y accesible, sensata y atenta, que hace que sus comentarios en "Telenoche" resulten siempre cercanos, casi una conversación de igual a igual con los televidentes. Además, claro, del diálogo que mantiene con César Mascetti, su compañero de todo momento desde hace veinte años. Mónica Cahen D'Anvers ha vuelto a su apellido original, aunque para todo el mundo es Mónica a secas. O Mónica y César, una firma conjunta en el noticiero más visto y premiado de la TV, y también en la producción de cítricos y duraznos ("hechos con amor", se lee en los correspondientes cajones) allá en la chacra de San Pedro hacia donde la pareja parte indefectiblemente todos los fines de semana.

Desde el living de su preciosa casa de San Telmo –un edificio de 1836 confortablemente reciclado–, entre un cigarrillo y un café, escuetos pantalones grises y suéter azul, Mónica ríe al contar que ya tuvo su clase de computación del día "como chica de colegio" ("un mundo fascinante para descubrir a los 64, era hora: en el 2000 cumplo 40 con la televisión"). Sobre la mesa blanca un poco cuarteada hay azaleas y jazmines, y apoyado contra la pared un cartel de La Campiña. Es el nombre de la chacra que empezó a tomar forma hace diez años, el lugar donde Mónica redescubrió el amor por el campo que no pudo desarrollar del todo cuando era chica y no la dejaban hacer "las cosas divertidas de varones". Confiesa que un día, regando la tierra agrietada en San Pedro, se escuchó decir "qué poco te queremos", y ahí nomás se estableció una conexión muy fuerte y entrañable.

A ella no le gustan las tareas domésticas ("sobre todo odio limpiar"), salvo las que tengan que ver con la jardinería y la decoración. También le divierte cocinar en la casa de campo, "que no es Versailles ni nada que se le parezca, cómoda pero nada paqueta". La empresa productora de fruta la quiere "chiquita y personalizada, ni soñamos con jugar a Pindapoy". Incluso Mónica se identifica con la Diane Keaton de Baby Boom en su deseo de hacer dulces caseros en pequeña escala. Por el momento, mientras custodia el crecimiento y multiplicación de las rosas, prepara un potrerito para tener un par de caballos y fantasea con una vaca lechera ("no puede ser que no hagamos dulce de leche fresco"). Por el momento, no hay en la chacra otros animales que varios perros a los que adora y gallinas picoteando al sol para los huevos con gusto a campo.

DE ACTRIZ A PERIODISTA

–En épocas en que ex modelos y ex actrices –a veces no del todo ex– devenidas conductoras y periodistas se fruncen todas por parecer finas y distinguidas, usted que tendría antecedentes –incluso títulos nobiliarios– para ser la dama, al decir de Landrú, más bienuda de la TV, aparece como la más campechana y espontánea...

–Si esa descripción implica alguna virtud, no se trata de una virtud conquistada por mí: yo soy así. Siempre fui así. La vieja era así, toda la familia Láinez era así. Yo lo mamé, lo tengo adentro. Sandra (Mihanovich) es igual a mí.

–¿Nunca tuvo tics de Barrio Norte, de chica bien de colegio de monjas clasistas?

–Por suerte, creo que nunca se me pegó nada. No fui a colegio de monjas sino al Northlands, que en esa época era mucho más chico de lo que es ahora. Lo había creado una mujer sensacional para los hijos de los trabajadores de los ferrocarriles ingleses, y antes de morirse fundó una sociedad de padres para que fuera una institución sin fines de lucro, la ganancia se invirtiera en el colegio y se otorgaran determinadas becas anuales. Un punto de vista que siempre me pareció muy abierto y generoso.

–¿No había demasiada tilinguería por ese entonces?

–No la había. No sé cómo están las cosas hoy, ha habido tantos cambios... Quizá sea la diferencia de edad, pero ahora veo una tilinguería que no se puede creer. Puede que existiera en mi época y yo no le daba bola. Siempre ha habido presumidos, gente que se la cree.

–Sin embargo, temas como el lenguaje de clan, la pilcha aceptada, cosas bien y mal vistas tenían mucha vigencia. Había un adjetivo que definía lo cursi, de mal gusto...

–Cache... Sí, esta palabra era de mis tiempos. Creo que ahora dicen mersa, grasa, kitsch, no sé qué cuernos. En aquella época funcionaba el quién es, hoy el qué parecés. Esto está globalizado, es un momento terriblemente materialista. Muy triste y preocupante para mí. En nuestro país han ocurrido hechos gravísimos, pero lo peor de todo me parece la impunidad.

–¿Su corazón estuvo dividido desde el vamos entre la actuación y el periodismo televisivo?

–Empezó en el '60, con "La Justa del Saber", no sé si le suena: canal 7, Julio Bringuer Ayala. Preguntas para chicos que venían de todo el país con sus delantales blancos... Cuando empezó el Canal 13 estuve en un programa de entretenimientos. Sin embargo, a pesar de que en la familia hubo periodistas –como mi bisabuelo Manuel Láinez, fundador de *El Diario*– y escritores –Manuchito (Mujica Lainez), primo hermano de mamá–, la vocación periodística no fue lo primero que apareció en mí. En un momento dado, me ofrecieron hacer televisión, me atrajo la idea y acepté. Pero la verdad es que toda mi vida hasta entonces había querido ser actriz, una profesión por esas fechas considerada mala palabra. Me acuerdo de discusiones con mi viejo en las que él sostenía que era librepensador. Y cuando llegaba el momento de probarlo, de librepensador no tenía nada, sobre todo si se trataba de las mujeres de la familia. Así que, después de casarme como se esperaba de mí, tener a Sandra y a Vane y llevarlos al jardín de infantes, volví a la carga. Iván Mihanovich, mi primer marido, venía de una familia de artistas y le pareció muy bien que empezara a estudiar con Carlos Gandolfo. Después hice dos teleteatros: "Cuatro hombres para Eva" y "El amor tiene cara de mujer". Alguien del 13 me vio, y apareció el ofrecimiento de hacer "Telenoche", en el '65. En ese momento no había escuelas de periodismo y aprendí sobre la marcha.

–¿Ahí fue cuando la atacó el virus del periodismo para siempre?

–Sí, me picó el bichito de una manera impresionante y duradera, ya van para 34 años. A menudo me han preguntado si no lamento haber dejado mi carrera de actriz, si no la retomaría: no, ni mamada...

–¿Valió la pena la corta experiencia en esa profesión?

–Fue divertido hacer teleteatros, pero yo quería ser actriz en serio, ir a la Royal Academy of Dramatic Art, en Londres. Ahí me salió la paquetería ¿vio? La dirigía nada menos que Laurence Olivier, lo que se dice apuntar alto.

–¿De manera que en estos momentos podría estar haciendo a Lady Macbeth en el San Martín?

–(Risas.) Sí, ¿qué tal? Lo que nos perdimos ¿eh?...

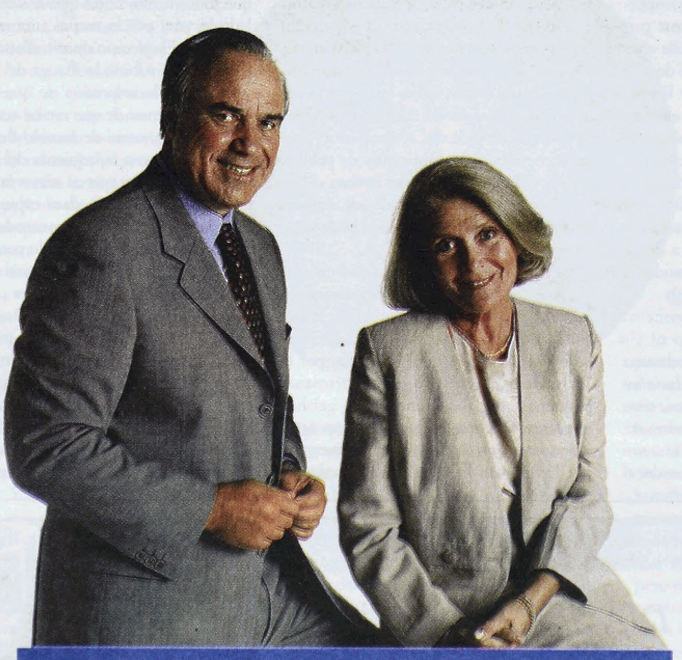
PERO HAY UNA MELENA

–Si algo distingue a su carrera a través de largos años es la estabilidad y la credibilidad, lejos de reality shows y otras formas del sensacionalismo. ¿Se planteó desde el vamos una conducta a seguir?

–Yo estoy feliz y agradecida con mi carrera, con mi permanencia. He tenido mucha suerte. Creo que es maravilloso ganarse la vida con lo que te gusta. ¿A cuánta gente le pasa lo mismo? La mayoría tiene que arreglarse con lo que venga, y en esta época ni hablemos. Soy una privilegiada, más allá de los logros económicos, al poder hacer algo con pasión, con calentura. Si he tenido una conducta, ha sido tratando de no traicionarme nunca.

–Y todos estos años fiel a un aspecto físico que se ha convertido en una especie de clásico inalterable: nunca siguiendo la moda al pie de la letra, nunca ropa llamativa o bijouterie brillosa. Vinieron los pelos largos, cortos, enrulados, batidos, y usted leal a su melenita si no de oro, al menos castaña y siempre tan oronda... ¡Jamás nos va a sorprender?

–Todavía no sé si mi aspecto no es un plomazo extraordinario. Cada tanto me pregunto: Mónica, ¿no sería tiempo de tomar medidas, hacer algo extraño? Tendría que animarme, quizá. No puedo decir que haya premeditado esta imagen: salió así, yo soy así. Recién casi no me gustó oír decir eso de que no voy a sorprender nunca... Por otra parte, no es para justificarme, pero debo señalar que al hacer "Telenoche", esta imagen mía se adapta a un estilo general de sobrie-



"Yo estoy feliz y agradecida con mi carrera, con mi permanencia. He tenido mucha suerte. Creo que es maravilloso ganarse la vida con lo que te gusta. ¿A cuánta gente le pasa lo mismo? La mayoría tiene que arreglarse con lo que venga, y en esta época ni hablemos."

REPORTAJE

La SEÑORA de las noticias

Mónica Cahen D'Anvers destila alcurnia y buen apellido, pero a lo largo de más de treinta años de trayectoria en el periodismo televisivo consiguió barrer de su imagen todo indicio de señora bien, y transmite, en cambio, sentido común y sencillez. Su eterna melena corta y su cara sin señales de quirófano son otros de los datos que la caracterizan como una mujer que no pretende mostrar algo distinto de lo que es.

POR **MOIRA SOTO**

Tampoco es que ella se haga la doña Rosa, pero sin duda hay algo de vecina campechana y accesible, sensata y atenta, que hace que sus comentarios en "Telenoche" resulten siempre cercanos, casi una conversación de igual a igual con los televidentes. Además, claro, del diálogo que mantiene con César Mascetti, su compañero de todo momento desde hace veinte años. Mónica Cahen D'Anvers ha vuelto a su apellido original, aunque para todo el mundo es Mónica a secas. O Mónica y César, una firma conjunta en el noticiero más visto y premiado de la TV, y también en la producción de cítricos y duraznos ("hechos con amor", se lee en los correspondientes cajones) allá en la chacra de San Pedro hacia donde la pareja parte indefectiblemente todos los fines de semana.

Desde el living de su preciosa casa de San Telmo –un edificio de 1836 confortablemente reciclado–, entre un cigarrillo y un café, escuetos pantalones grises y suéter azul, Mónica ríe al contar que ya tuvo su clase de computación del día "como chica de colegio" ("un mundo fascinante para descubrir a los 64, era hora: en el 2000 cumplo 40 con la televisión"). Sobre la mesa blanca un poco cuarteada hay azaleas y jazmines, y apoyado contra la pared un cartel de La Campiña. Es el nombre de la chacra que empezó a tomar forma hace diez años, el lugar donde Mónica redescubrió el amor por el campo que no pudo desarrollar del todo cuando era chica y no la dejaban hacer "las cosas divertidas de varones". Confiesa que un día, regando la tierra agrietada en San Pedro, se escuchó decir "qué poco te queremos", y ahí nomás se estableció una conexión muy fuerte y entrañable.

A ella no le gustan las tareas domésticas ("sobre todo odio limpiar"), salvo las que tengan que ver con la jardinería y la decoración. También le divierte cocinar en la casa de campo, "que no es Versailles ni nada que se le parezca, cómoda pero nada paqueta". La empresa productora de fruta la quiere "chiquita y personalizada, ni soñamos con jugar a Pindapoy". Incluso Mónica se identifica con la Diane Keaton de Baby Boom en su deseo de hacer dulces caseros en pequeña escala. Por el momento, mientras custodia el crecimiento y multiplicación de las rosas, prepara un potrerito para tener un par de caballos y fantasea con una vaca lechera ("no puede ser que no hagamos dulce de leche fresco"). Por el momento, no hay en la chacra otros animales que varios perros a los que adora y gallinas picoteando al sol para los huevos con gusto a campo.

DE ACTRIZ A PERIODISTA

–En épocas en que ex modelos y ex actrices –a veces no del todo ex– devenidas conductoras y periodistas se fruncen todas por parecer finas y distinguidas, usted que tendría antecedentes –incluso títulos nobiliarios– para ser la dama, al decir de Landrú, más bienuda de la TV, aparece como la más campechana y espontánea...

–Si esa descripción implica alguna virtud, no se trata de una virtud conquistada por mí: yo soy así. Siempre fui así. La vieja era así, toda la familia Láinez era así. Yo lo mamé, lo tengo adentro. Sandra (Mihanovich) es igual a mí.

–¿Nunca tuvo tics de Barrio Norte, de chica bien de colegio de monjas clasistas?

–Por suerte, creo que nunca se me pegó nada. No fui a colegio de monjas sino al Northlands, que en esa época era mucho más chico de lo que es ahora. Lo había creado una mujer sensacional para los hijos de los trabajadores de los ferrocarriles ingleses, y antes de morirse fundó una sociedad de padres para que fuera una institución sin fines de lucro, la ganancia se invirtiera en el colegio y se otorgaran determinadas becas anuales. Un punto de vista que siempre me pareció muy abierto y generoso.

–¿No había demasiada tilinguería por ese entonces?

–No la había. No sé cómo están las cosas hoy, ha habido tantos cambios... Quizá sea la diferencia de edad, pero ahora veo una tilinguería que no se puede creer. Puede que existiera en mi época y yo no le daba bola. Siempre ha habido presumidos, gente que se la cree.

–Sin embargo, temas como el lenguaje de clan, la pilcha aceptada, cosas bien y mal vistas tenían mucha vigencia. Había un adjetivo que definía lo cursi, de mal gusto...

–Cache... Sí, esta palabra era de mis tiempos. Creo que ahora dicen mersa, grasa, kitsch, no sé qué cuernos. En aquella época funcionaba el quién es, hoy el qué parecés. Esto está globalizado, es un momento terriblemente materialista. Muy triste y preocupante para mí. En nuestro país han ocurrido hechos gravísimos, pero lo peor de todo me parece la impunidad.

–¿Su corazón estuvo dividido desde el vamos entre la actuación y el periodismo televisivo?

–Empezó en el '60, con "La Justa del Saber", no sé si le suena: canal 7, Julio Bringuer Ayala. Preguntas para chicos que venían de todo el país con sus delantales blancos... Cuando empezó el Canal 13 estuve en un programa de entretenimientos. Sin embargo, a pesar de que en la familia hubo periodistas –como mi bisabuelo Manuel Láinez, fundador de *El Diario*– y escritores –Manuchito (Mujica Lainez), primo hermano de mamá–, la vocación periodística no fue lo primero que apareció en mí. En un momento dado, me ofrecieron hacer televisión, me atrajo la idea y acepté. Pero la verdad es que toda mi vida hasta entonces había querido ser actriz, una profesión por esas fechas considerada mala palabra. Me acuerdo de discusiones con mi viejo en las que él sostenía que era librepensador. Y cuando llegaba el momento de probarlo, de librepensador no tenía nada, sobre todo si se trataba de las mujeres de la familia. Así que, después de casarme como se esperaba de mí, tener a Sandra y a Vane y llevarlos al jardín de infantes, volví a la carga. Iván Mihanovich, mi primer marido, venía de una familia de artistas y le pareció muy bien que empezara a estudiar con Carlos Gandolfo. Después hice dos teleteatros: "Cuatro hombres para Eva" y "El amor tiene cara de mujer". Alguien del 13 me vio, y apareció el ofrecimiento de hacer "Telenoche", en el '65. En ese momento no había escuelas de periodismo y aprendí sobre la marcha.

–¿Ahí fue cuando la atacó el virus del periodismo para siempre?

–Sí, me picó el bichito de una manera impresionante y duradera, ya van para 34 años. A menudo me han preguntado si no lamento haber dejado mi carrera de actriz, si no la retomaría: no, ni mamada...

–¿Valió la pena la corta experiencia en esa profesión?

–Fue divertido hacer teleteatros, pero yo quería ser actriz en serio, ir a la Royal Academy of Dramatic Art, en Londres. Ahí me salió la paquetería ¿vio? La dirigía nada menos que Laurence Olivier, lo que se dice apuntar alto.

–¿De manera que en estos momentos podría estar haciendo a Lady Macbeth en el San Martín?

–(Risas.) Sí, ¿qué tal? Lo que nos perdimos ¿eh?...



"Yo estoy feliz y agradecida con mi carrera, con mi permanencia. He tenido mucha suerte. Creo que es maravilloso ganarse la vida con lo que te gusta. ¿A cuánta gente le pasa lo mismo? La mayoría tiene que arreglarse con lo que venga, y en esta época ni hablemos."

PERO HAY UNA MELENA

–Si algo distingue a su carrera a través de largos años es la estabilidad y la credibilidad, lejos de reality shows y otras formas del sensacionalismo. ¿Se planteó desde el vamos una conducta a seguir?

–Yo estoy feliz y agradecida con mi carrera, con mi permanencia. He tenido mucha suerte. Creo que es maravilloso ganarse la vida con lo que te gusta. ¿A cuánta gente le pasa lo mismo? La mayoría tiene que arreglarse con lo que venga, y en esta época ni hablemos. Soy una privilegiada, más allá de los logros económicos, al poder hacer algo con pasión, con calentura. Si he tenido una conducta, ha sido tratando de no traicionarme nunca.

–Y todos estos años fiel a un aspecto físico que se ha convertido en una especie de clásico inalterable: nunca siguiendo la moda al pie de la letra, nunca ropa llamativa o bijouterie brillosa. Vinieron los pelos largos, cortos, enrulados, batidos, y usted leal a su melenita si no de oro, al menos castaña y siempre tan oronda... ¡Jamás nos va a sorprender?

–Todavía no sé si mi aspecto no es un plomazo extraordinario. Cada tanto me pregunto: Mónica, ¿no sería tiempo de tomar medidas, hacer algo extraño? Tendría que animarme, quizá. No puedo decir que haya premeditado esta imagen: salió así, yo soy así. Recién casi no me gustó oír decir eso de que no voy a sorprender nunca... Por otra parte, no es para justificarme, pero debo señalar que al hacer "Telenoche", esta imagen mía se adapta a un estilo general de sobriedad. Me doy cuenta de cómo me desestructuro cuando hago en cable, por TN, el programa semanal "Al pan, pan", donde con los invitados tomamos un vaso de vino y comemos una nuez.

–¿Pero siempre con la melenita bien cepillada?

–Es cierto: siempre con la melenita. Me voy a tener que rapar, algo tendré que hacer...

–Bueno, no se deprima. A lo mejor lo suyo es ir contra la corriente con el peinado: mientras todo el mundo cambia de corte, de color, se pone extensiones y demás, la cabeza de Mónica es lo único seguro y reconocible.

–Sí, está muy bien como consuelo, pero no evitará que cada tanto le diga a Mario, mi peluquero, que piense en algún cambio para no seguir con el mismo pelo. A veces un poco más enrulado, que es como lo tengo naturalmente, igual que Sandra. En verano, cuando salgo de la pileta, soy puro rulo. Pero para la tele sería un look demasiado pendex y yo, será de acomplejada, pero no quiero dar la sensación de que me estoy tratando de hacer la nena.

–¿Nunca se inventó un personaje para la tele?

–Para nada. Soy así: en mi casa, en el canal, en el campo. Después de tantos años sería imposible: si se hace un personaje, se muestra la hilacha. Creo que César y yo funcionamos porque no inventamos nada, no fingimos otra cosa, no estamos representando ninguna comedia.

—Otra cosa que la singulariza es su resistencia a la cirugía plástica en un ambiente donde los liftings, labios colagenados, pechos siliconados y liposucciones están a la orden del día. Es decir, esta idea suya de que la historia escrita en su cara no la quiere borrar.

–En realidad, eso es lo que me dice César, tengo mucho respaldo de su parte en ese sentido. Es innegable, nos toca a todos envejecer, y creo que hay que tratar de envejecer lo mejor posible. Tengo el privilegio de ser una mujer verdaderamente feliz. Creo que eso se nota en los ojos, en la expresión. Nunca me quise hacer un lifting ni ningún otro retoque. No querría terminar como Goldie Hawn en *El club de las divorciadas*, con la boca como un neumático, pidiendo más colágeno... César dice que si he tardado 64 años en fabricar esta cara, por qué va a venir un señor con un bisturí y me va a convertir en otra persona que quizás él no reconozca.

—El haber encontrado una imagen con la que se identifica y el aceptar el paso de los años, ¿está relacionado con esa falta de ansiedad y de énfasis, esa suerte de relax que irradia como conductora?

–Puede ser que tenga que ver con no querer vender ni aparentar lo que no soy. Acá estoy: si les gusta, bien, y si no, mala suerte. Creo que esta actitud puede resultar relajante también para las personas que miran ¿no?. Porque la mayoría de las cirugías provocan esa cara de sorpresa, de estupor total, como de vacío. Cuando veo caras así la tentación que pude haber tenido de operarme se esfuma por completo. Creo que la mayor presión viene del medio, no del público.

UN BICHO DE LA TELE

–¿Se siente idealizada por los televidentes a pesar de cultivar la naturalidad y la sencillez?

–Eso es algo característico de la televisión. Las cartas que recibo y las personas que me esperan en la puerta del canal, me demuestran que una parte del público cree que una es una mezcla de la Madre Teresa con Evita y Florence Nightingale. Te van agregando virtudes que no tenés, y otorgándote una omnipotencia casi milagrosa. Es aterrador. Y una se siente muy mal cuando comprueba lo poco que puede hacer, por más dispuesta que se esté a dar una mano.

–¿Cuál es su participación en el armado de "Telenoche"?

–Tenemos reuniones al mediodía a las que vienen todos, productores y periodistas, César y yo. Es realmente un congreso abierto, todo el mundo da su opinión, hay mucho intercambio, mucha horizontalidad. La idea más piola puede venir del último orejón del tarro. Luego, a las cinco de la tarde, vemos con César lo que vamos a presentar, de qué manera, si surgieron novedades. Somos muy distintos y muy parecidos. Tenemos ideas básicas coincidentes sobre lo que está bien y lo que está mal, lo que nos importa y lo que no. Nuestros modos de ser son diferentes: yo tengo un motor, un cuete en el traste, soy atolondrada, hablo más rápido de lo que pienso y puedo meter la pata. César es el ancla. Como habría dicho mi abuelo, tiene aires lacustres, tranquilo. Es un buen balance. Yo como que lo pincho, y él que me ataja. Además de quererlo, lo respeto mucho como periodista. A veces se enoja conmigo porque no hago los deberes: cuando estoy con un tema, me dejo llevar por el cuore, la sensibilidad, la intuición. Felizmente, no cometo demasiados errores. Pero a veces debería tomarme más tiempo para informarme.

–¿Es quizás una actitud típica de una hija de la televisión, ciento por ciento?

–No hay nada que hacer: soy un bicho de la televisión, a lo sumo me preparo machetes. Esto viene de la época en que los conductores éramos todo terreno. Yo llegaba al canal a las 8.30, hacía la primera nota a las 9, llegaba de vuelta a las siete de la tarde, me ataba el pelo con una gomita y conducía "Telenoche". O sea que hacíamos todo. Me decían sobre el pucho: Mónica, hoy llega Fulano a Ezeiza. Y yo me informaba como podía durante el viaje, no había celulares. En esa época, ibas al toro, deducías, rogaban para que el teléfono público funcionara... Claro, una va adquiriendo reflejos sobre la marcha. Por eso le tengo tanto respeto a la gráfica, porque se trabaja de otra manera y eso te moldea. Ahora por suerte hay tantos recursos... Pensar que fui a cubrir el primer viaje tripulado a la luna en el '69, y mi primera nota la mandé por avión.

–En un caso como el del terrible accidente de LAPA, ¿es muy complicado establecer límites entre periodismo informativo, de denuncia pero sin regodeo en lo macabro, y lo que es amarillismo y explotación del sufrimiento ajeno?

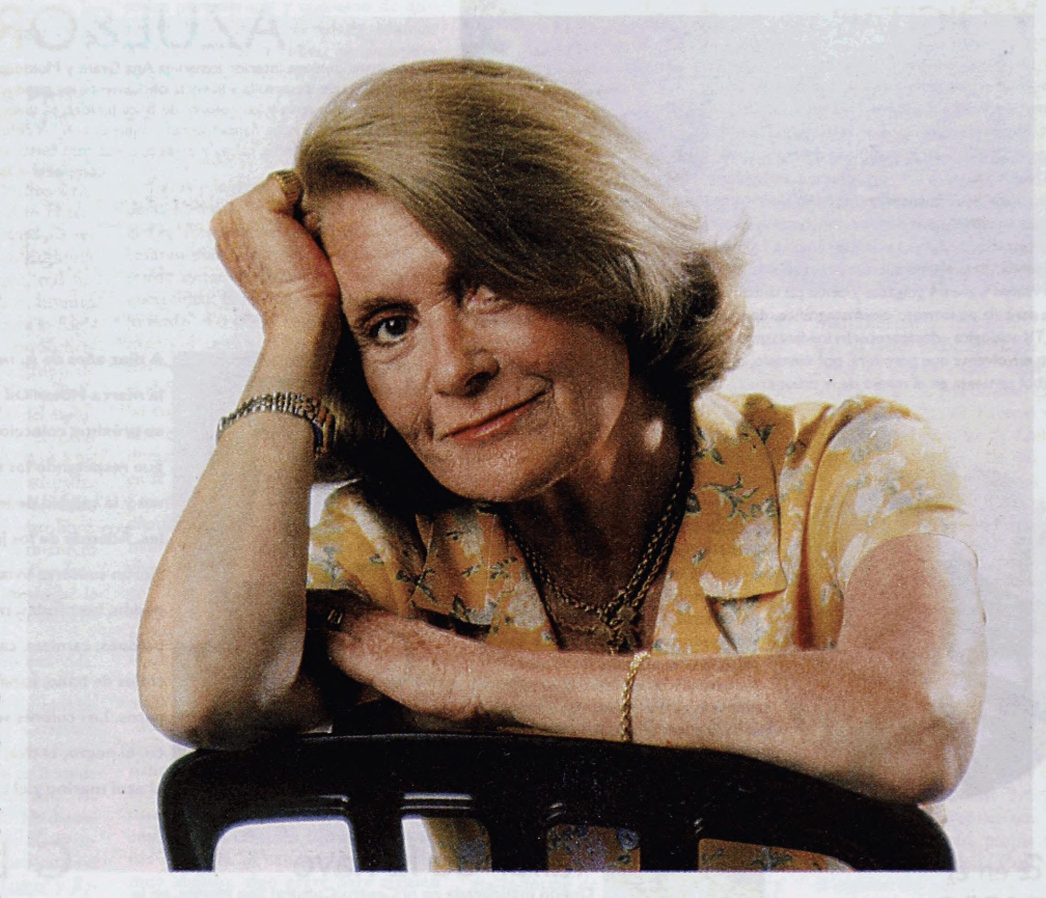
–Es difícil a veces marcar el límite justo. ¿Cuándo algo deja de ser información y empieza a ser morbo? Porque el problema es que todos estamos expuestos, todos en mayor o menor medida en algún momento nos enganchamos con el morbo, para qué negarlo. Creo que hay que tratar, con toda honestidad, de discernir el punto en que la información deja de ser necesaria, útil, conducente.

–Hace muchos años, al escuchar por primera vez la canción de los Beatles "Cuando tenga 64", ¿se veía a esta edad y enamorada?

–Ay, me había olvidado de esa canción. (*Mónica se pone a canturrear.*) When I get older losing my hair... En esa época no proyectaba el tema de la vejez hacia el futuro. Y sí, se puede estar enamorada a los 64, por fortuna. Se puede compartir, que para mí es la definición más sintética del amor. Yo espero tener ilusiones hasta que me entierren.

Mónica Cahen D'Anvers destila alcurnia y buen apellido, pero a lo largo de más de treinta años de trayectoria en el periodismo televisivo consiguió barrer de su imagen todo indicio de señora bien, y transmite, en cambio, sentido común y sencillez. Su eterna melena corta y su cara sin señales de quirófano son otros de los datos que la caracterizan como una mujer que no pretende mostrar algo distinto de lo que es.

cias



dad. Me doy cuenta de cómo me desestructuro cuando hago en cable, por TN, el programa semanal "Al pan, pan", donde con los invitados tomamos un vaso de vino y comemos una nuez.

–¿Pero siempre con la melenita bien cepillada?

–Es cierto: siempre con la melenita. Me voy a tener que rapar, algo tendré que hacer...

–Bueno, no se deprima. A lo mejor lo suyo es ir contra la corriente con el peinado: mientras todo el mundo cambia de corte, de color, se pone extensiones y demás, la cabeza de Mónica es lo único seguro y reconocible.

–Sí, está muy bien como consuelo, pero no evitará que cada tanto le diga a Mario, mi peluquero, que piense en algún cambio para no seguir con el mismo pelo. A veces un poco más enrulado, que es como lo tengo naturalmente, igual que Sandra. En verano, cuando salgo de la pileta, soy puro rulo. Pero para la tele sería un look demasiado pendex y yo, será de acomplejada, pero no quiero dar la sensación de que me estoy tratando de hacer la nena.

–¿Nunca se inventó un personaje para la tele?

–Para nada. Soy así: en mi casa, en el canal, en el campo. Después de tantos años sería imposible: si se hace un personaje, se muestra la hilacha. Creo que César y yo funcionamos porque no inventamos nada, no fingimos otra cosa, no estamos representando ninguna comedia.

—Otra cosa que la singulariza es su resistencia a la cirugía plástica en un ambiente donde los liftings, labios colagenados, pechos siliconados y liposucciones están a la orden del día. Es decir, esta idea suya de que la historia escrita en su cara no la quiere borrar.

–En realidad, eso es lo que me dice César, tengo mucho respaldo de su parte en ese sentido. Es innegable, nos toca a todos envejecer, y creo que hay que tratar de envejecer lo mejor posible. Tengo el privilegio de ser una mujer verdaderamente feliz. Creo que eso se nota en los ojos, en la expresión. Nunca me quise hacer un lifting ni ningún otro retoque. No querría terminar como Goldie Hawn en *El club de las divorciadas*, con la boca como un neumático, pidiendo más colágeno... César dice que si he tardado 64 años en fabricar esta cara, por qué va a venir un señor con un bisturí y me va a convertir en otra persona que quizás él no reconozca.

—El haber encontrado una imagen con la que se identifica y el aceptar el paso de los años, ¿está relacionado con esa falta de ansiedad y de énfasis, esa suerte de relax que irradia como conductora?

–Puede ser que tenga que ver con no querer vender ni aparentar lo que no soy. Acá estoy: si les gusta, bien, y si no, mala suerte. Creo que esta actitud puede resultar relajante también para las personas que miran ¿no?. Porque la mayoría de las cirugías provocan esa cara de sorpresa, de estupor total, como de vacío. Cuando veo caras así la tentación que pude haber tenido de operarme se esfuma por completo. Creo que la mayor presión viene del medio, no del público.

UN BICHO DE LA TELE

–¿Se siente idealizada por los televidentes a pesar de cultivar la naturalidad y la sencillez?

–Eso es algo característico de la televisión. Las cartas que recibo y las personas que me esperan en la puerta del canal, me demuestran que una parte del público cree que una es una mezcla de la Madre Teresa con Evita y Florence Nightingale. Te van agregando virtudes que no tenés, y otorgándote una omnipotencia casi milagrosa. Es aterrador. Y una se siente muy mal cuando comprueba lo poco que puede hacer, por más dispuesta que se esté a dar una mano.

–¿Cuál es su participación en el armado de "Telenoche"?

–Tenemos reuniones al mediodía a las que vienen todos, productores y periodistas, César y yo. Es realmente un congreso abierto, todo el mundo da su opinión, hay mucho intercambio, mucha horizontalidad. La idea más piola puede venir del último orejón del tarro. Luego, a las cinco de la tarde, vemos con César lo que vamos a presentar, de qué manera, si surgieron novedades. Somos muy distintos y muy parecidos. Tenemos ideas básicas coincidentes sobre lo que está bien y lo que está mal, lo que nos importa y lo que no. Nuestros modos de ser son diferentes: yo tengo un motor, un cuete en el traste, soy atolondrada, hablo más rápido de lo que pienso y puedo meter la pata. César es el ancla. Como habría dicho mi abuelo, tiene aires lacustres, tranquilo. Es un buen balance. Yo como que lo pincho, y él que me ataja. Además de quererlo, lo respeto mucho como periodista. A veces se enoja conmigo porque no hago los deberes: cuando estoy con un tema, me dejo llevar por el cuore, la sensibilidad, la intuición. Felizmente, no cometo demasiados errores. Pero a veces debería tomarme más tiempo para informarme.

–¿Es quizás una actitud típica de una hija de la televisión, ciento por ciento?

–No hay nada que hacer: soy un bicho de la televisión, a lo sumo me preparo machetes. Esto viene de la época en que los conductores éramos todo terreno. Yo llegaba al canal a las 8.30, hacía la primera nota a las 9, llegaba de vuelta a las siete de la tarde, me ataba el pelo con una gomita y conducía "Telenoche". O sea que hacíamos todo. Me decían sobre el pucho: Mónica, hoy llega Fulano a Ezeiza. Y yo me informaba como podía durante el viaje, no había celulares. En esa época, ibas al toro, deducías, rogaban para que el teléfono público funcionara... Claro, una va adquiriendo reflejos sobre la marcha. Por eso le tengo tanto respeto a la gráfica, porque se trabaja de otra manera y eso te moldea. Ahora por suerte hay tantos recursos... Pensar que fui a cubrir el primer viaje tripulado a la luna en el '69, y mi primera nota la mandé por avión.

–En un caso como el del terrible accidente de LAPA, ¿es muy complicado establecer límites entre periodismo informativo, de denuncia pero sin regodeo en lo macabro, y lo que es amarillismo y explotación del sufrimiento ajeno?

–Es difícil a veces marcar el límite justo. ¿Cuándo algo deja de ser información y empieza a ser morbo? Porque el problema es que todos estamos expuestos, todos en mayor o menor medida en algún momento nos enganchamos con el morbo, para qué negarlo. Creo que hay que tratar, con toda honestidad, de discernir el punto en que la información deja de ser necesaria, útil, conducente.

–Hace muchos años, al escuchar por primera vez la canción de los Beatles "Cuando tenga 64", ¿se veía a esta edad y enamorada?

–Ay, me había olvidado de esa canción. (*Mónica se pone a canturrear.*) When I get older losing my hair... En esa época no proyectaba el tema de la vejez hacia el futuro. Y sí, se puede estar enamorada a los 64, por fortuna. Se puede compartir, que para mí es la definición más sintética del amor. Yo espero tener ilusiones hasta que me entierren.

Lo NUEVO *lo raro* LO UTIL

hierbas

Herbal Care es la nueva línea de shampúes y acondicionadores de Avon. Su ingrediente estrella es el "amonio cuaternario", que evita que los cabellos se electricen y les da mayor suavidad.



TV DIGITAL



Philips organizó esta semana un encuentro para adelantar los grandes rasgos del cambio tecnológico más importante desde el TV Color: la TV Digital de alta definición. Mientras los equipos de investigación de ésa y otras empresas líderes continúan trabajando en Estados Unidos y Europa para prepararle el terreno a la nueva tecnología –que implicará no sólo nuevos aparatos, sino además nuevos modos de filmación y transmisión–, en la Argentina técnicos de Artear y Telefé también empezaron ya a realizar pruebas en vistas al giro que tomará la tele: la TV Digital (el modelo que presentó Philips tiene 64 pulgadas y cinco parlantes, tres internos y dos externos) supone una pantalla de formato cinematográfico, de muchísima más calidad de imagen que la actual TV analógica –desaparecerán los fantasmas, las lluvias y las deformaciones– y un sonido envolvente que permitirá, por ejemplo, que cualquier espectador de un partido de fútbol se sienta en el medio de la tribuna.

AZUL&ORO



La firma de ropa interior femenina Ana Grant y Multideporte, la empresa que desarrolla y licencia oficialmente los productos que llevan la insignia y los colores de Boca Juniors, se unieron para lanzar lencería y ropa deportiva para mujeres con los colores azul y oro. Tops, shorts, calzas y otras prendas para fanáticas o para complacer a fanáticos.

básicos



Marta Harff presentó sus básicos para el cuidado de la cara y el cuello: cremas de limpieza, tónicos, humectantes, máscaras de arcilla, exfoliantes o especiales para pieles con acné. La empresa da un paso adelante extendiendo su producción a maquillaje: esmaltes, labiales, sombras y rubores, todos con el mismo signo de lo bueno y barato.

MOTOR

A diez años de su nacimiento, la marca Motor Oil presentó su próxima colección, que sigue respetando los diseños puros y la calidad de los materiales. Además de los jeans, se vieron suéteres livianos de algodón, bermudas, medias, cinturones, camisas, camperas, trajes de baño, zapatillas y zapatos. Los colores son el blanco, el negro, el tiza, los grises, el azul marino y el cemento.

Sala en el Clínicas

Fue inaugurada en el Hospital de Clínicas la nueva Sala de Cuidados Continuos para pacientes oncológicos. En la Sala, posible gracias a la colaboración de la Fundación Max y Nancy Bardin, se plantea un nuevo concepto en atención médica a los enfermos de cáncer, y en él tienen gran responsabilidad el equipo de voluntarias (foto) que acompañan a los médicos y al personal paramédico. Max y Nancy Bardin fue un matrimonio que en 1910 –él era dueño de la farmacia Franco Inglesa– comenzó a realizar donaciones a diversas entidades de bien público.



Taller de la nave



Quedó inaugurada en el Centro Cultural San Martín, en la Sala II, la muestra de orfebrería y joyería contemporánea Los orfebres de la Nave. Maestros orfebres y joyeros exponen sus piezas de lunes a viernes de 16 a 21, y sábados y domingos de 16 a 20. Dura todo este mes.

EMEI



Avida Dollars se llama la muestra de la artista plástica Emei que con el auspicio del Gobierno de la Ciudad se inauguró en el Centro Cultural Recoleta. "Objetos performativos y otras piezas de mi cuerpo atrapado en tecnologías de avanzada que rearmo junto a antiguos bastidores de bordado. Del cuerpo político a la política de los cuerpos: nimiedades testimoniales", así presenta Emei su obra.



Estimulante...



...amargo y necesario es el nombre de la obra del autor español Ernesto Caballero, que con la dirección de Guillermo Heras y la actuación de Mónica Driollet, se lleva a cabo en el teatro Liberarte (Corrientes 1555). Auspicia el ICI, la Agencia Española de Cooperación Internacional y el Ministerio de Educación y Cultura de España. Los viernes a las 21.

Clásica



Fue presentada en sociedad la relanzada revista *Clásica, arte & cultura.* Un nuevo diseño y un nuevo enfoque periodístico acompañan esta etapa, cuyo objetivo, según sus responsables (Gregorio Gordon como Director, Carlos A. González como Director Ejecutivo, y Diego Fischerman como Editor) es generar un producto de interés específico y de alcance internacional. El primer número tiene a la célebre Martha Argerich en la tapa, luego de ser entrevistada en Bruselas y, en el mismo acto del lanzamiento de la revista, haber sido declarada ciudadana ilustre de Buenos Aires. Con *Clásica* viene un CD, "otro cantar", con canciones de raigambre folklórica a cargo de la soprano holandesa Judith Mok, la mezzosoprano Susanna Moncayo y el pianista Fernando Pérez.

LA REINA VIVE

Marianne Faithfull es una de esas personas que parece tener una capa de amianto natural para atravesar el fuego. Bebió una y otra vez el amor de labios de Mick Jagger, no se negó al imperio de la heroína y las fiestas interminables salvo por la irrupción de la policía, tejió un vínculo indestructible con Keith Richards y grabó con su voz cascada discos de culto que incluían las canciones de Kurt Weill y Bertolt Brecht. Ahora, salida de las drogas duras pero no del alcohol y las amistades stones, planea ser masiva a través de su disco *Vagabonde ways.*



POR SOLEDAD VALLEJOS

Si alguien puede encarnar la divinidad absoluta en pleno territorio de lo profano, ésa es Marianne Faithfull. La sola insinuación de su voz desgarrada, el gesto celeste de sus ojos bastan para inaugurar esa dimensión paralela en la que ella nació y murió infinidad de veces, en la que aprendió, no sin dolor, a traducir la vida en una palabra –jamás dicha–. Sería una simpleza decir que Marianne canta, mucho más aún suponer que lo suyo se limitó a una vida agitada en plena efervescencia stone, y posteriormente beat –lo cual, de todas maneras, no sería poca cosa–: ella sobrevivió a sí misma, logró domar la tendencia autodestructiva que la acunó durante años. Y ahora sigue en el camino.

UNA EXCÉNTRICA PRINCESA AUSTROHÚNGARA

Tal vez, lo mejor sea tratar de rastrear algún tipo de pista en la historia familiar. Veamos: el tío abuelo de su madre, Leopold von SacherMasoch, originó el término masoquismo con su novela *La venus de las pieles*; de Theodore Faithfull, su abuelo paterno, se sabe que, tras fugarse con una bailarina de circo, inventó una improbable máquina contra la frigidez. En 1945, su madre, Eva von Sacher-Masoch, fue violada por un grupo de soldados rusos de paso por Viena. Poco después, Eva conoció al oficial del espionaje británico Glynn Faithfull, se casaron y se mudaron a Inglaterra. Pero a los seis años Marianne vio cómo su padre partía para fundar una comuna dedicada a la investigación social y el sexo libre. Desde entonces, la pequeña permaneció en Reading, una zona cercana a Londres, recibiendo las máximas que su madre le impartía para convertirla en una auténtica princesa.

El esfuerzo materno no duró una vida, apenas alcanzó a hechizarla hasta los 17, cuando abandonó el colegio de monjas con una belleza apabullante a cuestas. Corría 1964, y, en medio de una fiesta, los Rolling Stones escucharon de boca de Andrew Oldham, su representante, las palabras mágicas (y brutales): "He descubierto un ángel con grandes tetas", la orden indiscutible era escribir una canción para ella. Dicho y hecho, Jagger y Richards compusieron "As tears goes by", Marianne puso su voz –todavía joven y lejos de cargar con la desesperanza que la inundaría después–, el simple resultó un éxito. De allí a perderse en un laberinto de escenarios compartidos con Roy Orbison, Bob Dylan –que jamás logró cristalizar su pasión por ella– y Jimmy Hendrix, casarse con un profesor universitario, convertirse en madre de Nicholas y unirse extraoficialmente a los Rolling Stones no hubo más que un paso, algo que no dudó en hacer ni un momento. Como parte de su reinado, también tuvo tiempo de dar una interpretación triunfante de *Ofelia*, con gran éxito de crítica e infinitos aplausos del público, a pesar del desconcierto que suscitó su decisión. ¿Por qué habría de elegir ese personaje la niña inocente del planeta pop?,inquirió un periodista: "Yo soy Ofelia. Yo sé lo que es estar loca". Lo que se dice una auténtica confesión.

Marianne se volcó de lleno al jardín de las delicias que se le ofrecía tan descaradamente. Bebió una y otra vez el amor de labios de Mick Jagger, no se negó al imperio de las drogas y las fiestas interminables, tejió una amistad indestructible con Keith Richards, pero esa utopía salvaje fue interrumpida de una manera todavía más salvaje. En 1967, la policía allanó la mansión rural que compartía con sus amigos para detener y procesar a todos por tenencia y consumo de drogas. Al momento de la redada, Marianne sólo alcanzó a cubrir su desnudez con una alfombra de piel, un detalle aprovechado por la policía y la prensa sensacionalista para echar a correr un rumor: al ser detenidos, dijeron, ella llevaba una tableta de chocolate inserta en la vagina y Jagger estaba lamiéndola. Todavía hoy, muchos años después de que el *The Times* rogara en una editorial que cesaran esas versiones, la Faithfull no puede evitar su furia. "Eso fue una asquerosidad, la fantasía sexual de un viejo verde". Lo cierto es que esa detención marcó el antes y el después en su vida: sobrevinieron la muerte de Brian Jones, el aborto accidental del bebé que esperaba con Jagger, un intento de suicidio y una carrera desenfrenada tras las drogas duras. Se abandonó, vivió durante años en la tapia de un edificio derruido en la Segunda Guerra, comenzó a perder sus dientes, a enredarse con rateros de poca monta. Durante ese tiempo pudo sobrevivir gracias a los derechos que le devengó "Sister Morphine" –un tema, obviamente, relacionado con su consumo y su época con los Stones–, una obra que se niega a interpretar desde hace años y que es un equivalente del *Almuerzo desnudo* de Burroughs. Ese "error", ese "tiempo perdido que no repetiría si volviera a vivir" tuvo su fin cuando Marianne se internó en una clínica de rehabilitación. El paso siguiente fue perpetuar su alejamiento instalándose en un cottage de la campiña irlandesa, "no tenía lavadora ni calefacción, y estaba muy aislado, algo grave para alguien que, como yo, no maneja. Todo aquello era duro, pero durante una época lo necesité. Después de la salida de la clínica tuve que dejar también el alcohol, y mi madre solía decirme que de tan sobria le parecía muy aburrida. Cuando volví a beber, congeniamos muy bien". Su madre murió hace 9 años; su padre, el año pasado, luego de que su enfermedad llevara a los miembros de la comuna que fundó a expulsarlo. Sólo se arrepiente de lo irremediable: "No haber tratado mejor a mis padres y no haber pasado más tiempo con mi hijo".



LA DIOSA MADRE RECAPACITA

Además de sus amigos de los 60 –los que quedan–, Marianne está rodeada de lo que llama sus "niños", jóvenes como la modelo Kate Moss, Jarvis Cocker –integrante de Pulp–, y Damon Albarn –de Blur– que buscan su voz como el auxilio de la hermana mayor. "Courtney Love se presentó un día en mi casa muy borracha y con una botella de vodka en la mano. Creyó que ésa era la forma de conectarse conmigo y se equivocó". Love leyó la erosión que las drogas escribieron sobre el rostro de Marianne, y se impactó. "Fue bueno que lo viese. Debe aprender que los excesos se pagan caros". Sin embargo, quien más le preocupa es Sinnead O'Connor: "Lo de hacerse sacerdotisa en una secta católica de Lourdes es un disparate. No para ella, que pasará allí una temporada y se largará cuando se canse, sino para su hijo, que está en una edad delicada y perderá un año de escuela metido en un ambiente delirante. El problema es que a Sinnead no se la puede convencer de nada. Si le dices que no haga algo, lo hace con mayor entusiasmo. No sé qué hacer con ella. Es una auténtica rebelde. De todas formas, me parece muy sexy con la cabeza rapada y el pulóver de cuello alto".

Puede dar consejos como una madre y autocriticarse por haber grabado discos para minorías como el que incluye las canciones de Bertolt Brecht y Kurt Weill. Pero ahora quiere tener la seguridad de vivir en casa propia y hacer un disco que, como decía Cocteau, "llegue al corazón del público por encima de la cabeza de los intelectuales". La oportunidad es su último disco *Vagabonde ways*.

una mujer en la arena



POR MARIA MORENO

Isabelle Eberhardt prefería el Sahara a su ciudad de origen, Ginebra, y lo que más amó en su corta vida fue galopar entre dunas vestida de muchacho. Sus diarios, notas y manuscritos la sobrevivieron, mientras que ella murió sepultada por las aguas de una creciente, muy cerca del desierto.

Como a la inglesa de *El guerrero y la cautiva* borgianos, "pasada a los indios" y que podía beber la sangre caliente de una oveja recién muerta, a Isabelle Eberhardt le gustaba *ser otro*. La *o* que indica el sexo masculino no es azarosa ni se debe al sexismo del lenguaje. Suiza por nacimiento hizo de Argel su patria de arena en cuya *casbah* se travestía en muchacho pendenciero que no se amilana ante el alcohol bebido codo a codo con un traficante de camellos o el *kif* fumado en pipa mientras se discute algún párrafo del Corán en compañía de soldados. Isabelle, autobautizada Mahmoud Saadi, pero también Nicolai Padolonski o Nadia, que solía recorrer el desierto a horcajadas de su caballo Sidi, es uno de los personajes elegidos por Christian Kupchik para integrar su libro *El camino de las damas (escritoras viajeras. De la Mística a la Pasión)* y quizás el más radical. Aquel que mejor encarna el viaje como una transformación extrema de sí y capaz de ir más allá del género y la cultura aunque no de la orientación sexual (primero se hará amante de un diplomático turco-armenio y por último de Ehuni Slimene, un soldado de origen árabe y miembro del ejército francés en Argelia, con quien se casará). El siglo XIX fue pródigo en viajes pero las aduanas legitimaban diversas razones para hombres y mujeres. Para ellos era válida la adquisición cultural, el control colonial, la aventura peligrosa o todo al mismo tiempo. Para ellas, la función misión filantrópica, las termas, el seguimiento al marido en misión diplomática. Christian Kupchik, viajero él mismo, traductor del sueco, el francés y el noruego, lo dice a la manera beat: "No es lo mismo una mujer que 'está en camino', en viaje de un punto a otro en compañía de una o más personas, que aquella que 'está en *el* camino'".

ISABELLE ENTRE LOS HOMBRES

Isabelle Eberhardt era hija bastarda de la aristócrata Nathalie Eberhardt y Alexander Trophimowsky, nihilista, sacerdote renegado, anarquista y sospechoso de haber participado de una conspiración contra el zar Alejandro II. El padre no la reconoce pero la educa en lenguas, literatura y filosofía, pero sobre todo la deja asistir a sus reuniones con exiliados que conspiran en todos los idiomas, especialmente en árabe, que visitan su residencia de Ginebra. Un hombre que transmite la libertad con tanta vehemencia suele ser víctima de lo que predica. En 1897, madre e hija se fugan a Argelia a vivir en una casa de adobe con un patio de mosaicos, sombreado por naranjos y a convertirse al Islam. La primera trasgresión de Isabelle será, cuando su madre muere de un ataque al corazón, enterrarla en el cementerio musulmán y grabar en la tumba el nombre islámico de Fahtima Manoubia. Ya entonces escribe en latín, ruso o francés y termina su novela *Yasmina,* que narra el amor de una beduina con un oficial francés. También vende exotismos a *La revue Blanche*. A veces vuelve al mundo de los europeos y de los salones adonde las mujeres visten como veladores en señal de su vocación sedentaria. Entonces se queja: "¿Quién me devolverá jamás las cabalgatas desenfrenadas a través de los valles y los montes de El Sahel, el viento del otoño, cabalgatas embriagadoras que me hacían perder toda noción de realidad en una maravillosa ilusión. En este instante, como siempre en todas las horas de mi vida, sólo tengo un deseo: revestirme lo más deprisa posible de la personalidad amada que en realidad es la *verdadera*, y volver allí, a Africa, a reemprender aquella vida" . O repite "estoy solo" sin el menor apetito por ser un varón sino por volverse un ser total, instruido en espiritualidad por los morabitos que habitan en la *zagüia* que, según nota al pie de Kupchik, es escuela, juzgado y lugar de oración. Pero siempre hay pretextos para volver a la arena y la túnica de varón. La marquesa Medora Mendes le encarga que investigue en Túnez la muerte de su marido. Ya entonces se llama Mahmoud Essadi y es sospechosa para franceses y musulmanes de ser una espía o simplemente una profana. En 1901, al parecer a causa de rivalidades entre cofradías religiosas, será atacada a sablazos por un tal Abdallah ben Si Mohammed. Una cuerda de tender, la ropa interpuesta entre victimario y víctima evitará que Isabelle muera en el atentado. Durante el juicio defenderá a su agresor y mantendrá con el presidente del tribunal un diálogo donde sus réplicas son las de una soberana de Hollywood:

"El presidente: –Díganos si el hecho de que una mujer lleve ropas masculinas está considerado como un insulto a la religión musulmana.

Isabelle Eberhardt: –Simplemente, se considera inadecuado.

El presidente: –¿Por qué lo hace entonces?

Isabelle Eberhardt: –Es práctico para montar a caballo."

Isabelle será de todos modos expulsada de Argelia: era intolerable como travesti, como investigadora sobre un crimen, como apátrida. Antes pedirá una rebaja para la condena de Abdallah y Kupchik hace una verosímil interpretación: "Ambos están ligados a la misma voluntad divina: la que ha guiado la mano de Abdallah le permite escapar a la muerte. Para Isabelle, absolver a Abdallah es también una forma de eludir la decepción, ya que se siente traicionada, tanto por el mundo musulmán al que quiso adherirse como por Francia". Sólo podrá retornar a Argel como súbdita francesa, luego de casarse en Marsella con Slimene.

Entonces volverá a vagar bajo la forma de un muchacho demasiado perfumado. La mirada de Mahmoud Essadi, por propia voluntad ex Isabelle Eberhardt, sobre Oriente es, sin embargo, la de un extranjero, sorprendido ante los rituales de los cafés moros, los collares con monedas de oro y pasta aromática de las mujeres de Bu-Sada, las muescas hechas con hierro al rojo de los hombres sudaneses, contradiciendo a Borges que deplora de los exotismos aclarando que no hay camellos en El Corán, que una mirada asimilada no los notaría. Pero Isabelle amaba el desierto y le gustaba citar a Loti: "¡Amaba a su Senegal, el infortunado!". Ella amaba a su Sahara pero no, como escribe Kupchika a la manera de los patriarcas que cultivaban relatos de viajes por "la demanda ávida de un público fascinado por la simplificación de lo sensual del mundo exótico: velo ideológico que cubría la impudicia de la *ultima ratio* de la penetración y el dominio francés en el norte de Africa". Sino hasta el punto de morir allí, en la ciudad de Ain-Sefra, bajo una creciente, literalmente desaparecida. Era el 21 de octubre de 1904. La viajera tenía 27 años.

Interiores

POR ANDI NACHON

Marcela Suárez es ambientadora. En una casa-taller de Colegiales, junto a dos colegas, pergeñan las instalaciones y el estilo de los locales y las discotecas que las contratan. Ella empezó haciendo murales que pintaba con aerógrafo. Ahora está orgullosa de no tener que salir a buscar trabajo: con el buen nombre ya hecho, el trabajo llega solo.

Colegiales, una tarde luminosa de invierno. A través del ventanal de una casa más del barrio se puede espiar un taller pulcro, con las herramientas ordenadas por tipos y tamaños. También se pueden ver los esqueletos de mariachis que llamaron la atención del vecindario y congregaron a más de un curioso frente a la casa. "Primero pasó una señora y los vio desde la ventana, al otro día trajo una amiga y así todo el barrio se enteró de lo que hacemos acá." De esta forma Marcela Suárez resume la miniconmoción barrial que significó su trabajo para la instalación de una disco de estilo mexicano. Malentendidos aparte, las chicas que trabajan en esta casa-taller se ocupan de la ambientación y decoración de locales desde hace más de tres años.

Con una voz ronca y pausada, Marcela resume las actividades del equipo de trabajo que ella coordina: "Generalmente nos dedicamos a discos y a boliches. Decoración, instalaciones, escenografía... Trabajamos distintas técnicas: murales, aerografía, esculturas, paneles luminosos, bajorrelieves, sobrerrelieves, pátinas, resinas... Todo lo que tiene que ver con la imagen y el ambiente de un lugar".

Pero la historia de Marcela en este tipo de trabajo es mucho más larga. A principios de los noventa, aerógrafo en mano, ya se presentaba en negocios ofreciendo proyectos de murales. Prueba de esto es su carpeta de presentación donde se puede ver desde el motivo marino con el que decoró las paredes de una pescadería o la cortina metálica de una panchería, hasta los sofisticados mapas antiguos que engalanan las paredes de un pub en la costa. Obras que son el testimonio de todo un periplo que llevó a Marcela desde su ciudad original, La Plata, primero a vivir en Córdoba dos años, luego a Santa Fe, y actualmente a este centro de operaciones en Colegiales.

Ahora, a los treinta y tres años y en medio de un proyecto que incluye tres discos en un complejo de San Miguel, Marcela puede decir: "Hace dos años que no tenemos que salir a buscar trabajo, directamente nos llaman". El nombre que se han ganado es el resultado de un esfuerzo de equipo y de una concepción particular de su métier. En un principio Marcela cuenta que sólo eran ella y su aerógrafo. A medida que fue incorporando otras técnicas se animó a aceptar obras más grandes y creó un grupo de trabajo cuyo núcleo básico está conformado por otras dos mujeres: Nuria Armesto y Paula Huarte.

Para Marcela ambientar un espacio va más allá del mural que tenga que pintar, por esto ha elegido el trabajo de equipo. Además de la ejecución, este tipo de tareas siempre conlleva un boceto que tiene que responder a la idea del cliente o al proyecto del arquitecto que las haya convocado. "A Nuria le digo la calculadora, porque ella es la que se encarga de todos los cálculos y del presupuesto. Paula se ocupa de los materiales y generalmente yo trato con el cliente.



TAMARA PINCO

Siempre convocamos a otra gente porque nosotras no podemos cubrirlo todo. A la hora de presentar el presupuesto tenemos que ser bien claras, mencionamos la cantidad de personas, los días de trabajo y el tipo de materiales que se requieren. Es importante ser bien puntual con el cliente porque necesitás su confianza y cuando vos cumplís es más difícil que te bicicleteen."

Como grupo no quieren un nombre, pero en todas las obras en las que han participado siempre dejan algún rastro de esta hormiga con la que se identifican: "Nosotras tomamos esa hormiguita como logo. Para nosotras simboliza a todas las demás hormigas y no hay que olvidarse que a ellas se las distingue por ser trabajadoras". Por esto en algún lugar de los locales, bajo este signo suelen listar a todas las personas que hicieron posible que ese espacio existiera. Como los antiguos artesanos, Marcela considera que para que exista ese lugar de festejo fue necesario el esfuerzo de mucha gente y le parece justo que esos nombres estén presentes.

CUIDADO: MUJERES EN OBRA

Poner una disco incluye mucho trabajo previo de taller, donde se hacen los trabajos en telgopor, las esculturas y las resinas, y un período importante de trabajo en el lugar. Esto implica que con una fecha límite –la inauguración– las chicas participan, a veces durante más de doce horas seguidas, de la urgencia de una obra. Inevitablemente contra reloj e indefectiblemente con imprevistos, han llegado a colgar el escudo en una entrada tres horas antes del evento de celebración. Sin embargo, esto es parte sustancial de su trabajo y Marcela tiene una postura ya tomada: "Nosotras hacemos un cronograma previo donde se detalla qué tiene que hacer cada uno, cuándo, en cuánto tiempo lo tiene que completar y los materiales que va a usar. Todo esto lo prevemos antes porque este tipo de trabajo te exige que planifiques para que puedas sincronizar. Igual, siempre hay historias, porque siempre dependés de otras etapas. Es inevitable, si se atrasó la parte de herrería, nosotras también nos vamos a atrasar".

Así, Marcela muestra orgullosa las fotos de dos esculturas de más de dos metros que terminaron abandonando la residencia después de ser cortadas porque no pasaban por la puerta. Aunque ella lo vive sin conflictos, cuenta que siempre la llegada del equipo hormiga a la obra sorprende. "Les resulta raro que una mujer haga este tipo de cosas. Nosotras nos subimos a andamios, escaleras, montamos los paneles... Creo que el shock mayor se produce la primera vez que llegamos y todavía están los albañiles trabajando. Ésta es una sociedad donde hay un montón de trabajos y lugares que parecen exclusividad de los hombres." Pero para Marcela la sorpresa tiene también otra cara: "Cuando te contratan por primera vez, dudan. Se preguntan si una chica puede cumplir. Y después con el trabajo terminado siempre los sorprendemos y vuelven a llamarnos".

Actualmente, Marcela y su team trabajan con un arquitecto que suele convocarlas para distintas obras. "Nosotras tenemos una línea determinada con el trabajo, por eso nos recomiendan. No nos colgamos, cumplimos lo pautado y más de una vez logramos que el cliente descubra un material o una idea que lo ayuda a solucionar algún problema de decoración. Pero para esto tenemos que ser muy ordenadas y súper organizadas. Esto es fundamental si estás trabajando en una obra donde hay un montón de gente haciendo cosas súper diferentes e igualmente imprescindibles para la inauguración de ese negocio."

Cuando Marcela estudiaba Bellas Artes en La Plata, jamás se imaginó que iba a conseguir hacer de su pintura un oficio y un medio de ganarse la vida. Con un premio COAS por un mural en la estación de ómnibus de La Plata y estudios en escenografía, ella y su grupo intentan siempre darle a cada espacio su onda particular: "Procuramos que cada lugar sea diferente a los otros. Le ofrecemos al cliente la originalidad. Ha pasado que ven algo en las fotos y te piden que les hagas lo mismo. Y por una cuestión de ética profesional no queremos repetirnos. A cada espacio le damos algo especial".

Sin dudarlo, cuando se le pregunta acerca de su trabajo ella afirma: "Hacemos lo que nos gusta. Este es un buen trabajo, no dependés de nadie, no tenés que cumplir horarios estrictos, no sos patrón de nadie... El único problema es la continuidad, entre proyecto y proyecto siempre hay huecos. Pero bueno, si sos ordenada al trabajar también te acostumbrás a ordenarte con el dinero". Así, Marcela y el equipo hormiga siguen proyectando nuevas formas de darle a cada ambiente la imagen que lo hace un lugar particular.

Entre la mística y

POR **SANDRA CHAHER**



La vieja casona rosa es como sus dueños. Rodeada de plantas, majestuosa, su belleza no se opacó por el deterioro. Pero no es visible desde la calle. Está en el corazón de la manzana –¿otra señal del destino para Clelia y Jerónimo?–. Se entra por una puerta de hierro antigua que sale a la avenida Gaona, hay que recorrer un pasillo largo, atravesar otra puerta y aparece el refugio de esta pareja que siente que Dios la bendijo. Jerónimo está acostumbrado a hablar, es obispo –suspendido "a divinis", pero con el clamor místico corriendo por sus venas– y el púlpito fue su lugar habitual. Pero su esposa le dijo que la entrevista es con ella y, recluido en su escritorio reparando artesanías que los nietos y bisnietos de ella han ido cascando en sus descuidos, sólo quiere saludar y jugarle una chanza divertido: "Me dijo que tengo prohibido ir porque voy a decir pavadas". Tiene 79 años, Clelia dice con los ojos húmedos que habla mucho de la muerte, pero lo que transmiten sus cejas como selva, sus ojos de gruta y su altura de montaña es que los años lo han llevado a la libertad, a la alegría. Y sabe callar.

Clelia Luro se enamoró de Jerónimo Podestá el día que lo vio. Y se ofreció a ser su secretaria. Estaba dispuesta a jugarse la vida al lado de ese hombre y de su causa por los pobres y los derechos humanos, aunque nunca dejaran de ser más que compañeros de lucha. Pero el amor se les hizo urgente, tanto como los hechos que se vivían en el país a fines de los 60.

–¿Cómo se fue dando el vínculo amoroso?

–Y yo no sé, porque no nos dijimos nada, no podíamos. El era muy obispo y sabía que no podía desobedecer. Lo que pasó fue que poco a poco me fui volviendo indispensable para él. Hasta que, en octubre de 1966, hubo un Congreso del Celam (Conferencia General del Episcopado Latinoamericano) en Mar del Plata y yo le dije a Jerónimo que quería conocer a dom Helder Cámara, porque para mí era el profeta de este siglo en América latina. El era el arzobispo de Recife. Y fuimos y a la salida de la conferencia me puse entre un grupo de periodistas y él se acercó solo a mí y me tomó de las manos. A nosotros nos marcó el camino. Ese encuentro con él fue una bendición, sobre todo para la libertad de Jerónimo.

En su libro *Mi nombre es Clelia*, recuerda ese encuentro que aún hoy la conmociona: "Se me acercó espontáneamente, sin presentación alguna me tomó de las manos y me dijo: 'Yo no tenía que viajar a Argentina pero ahora sé por qué. No tema, usted tiene la señal de Dios aquí, aquí y aquí', sin palabras, tocando mis manos, mi boca y mis ojos... (...) El produjo un encuentro muy fuerte entre Podestá y yo. Se acabaron los miedos y nuestras almas se encontraron". "Y desde ahí siempre hicimos un camino como de a tres porque Cámara estuvo siempre al lado nuestro

Clelia Luro es la esposa de Jerónimo Podestá, un obispo suspendido "a divinis" mucho antes de haber decidido romper con sus votos de celibato debido a sus prácticas políticas comprometidas con la justicia social. Hoy habla de la militancia que comparte junto a su marido en el movimiento de "Sacerdotes casados y sus esposas". Pero sobre todo de una lucha común en calidad de cristianos críticos que en 1974 no vacilaron en denunciar ante el Vaticano, con la Triple A tras los pasos de él, que la Argentina se había convertido en un baño de sangre.

–recuerda ya desde un presente que le confirmó los augurios del "obispo rojo", como lo llamaba la dictadura brasileña, muerto hace dos semanas–." Entonces muestra su escritorio, que da al patio trasero de su casa, una habitación llena de fotos, libros, papeles, y un poster de ese hombre de cabeza calva y extraña, ojeras rojas y profundas y mirada en la que ni un agnóstico podría negar la luz, y cuenta que "hace rato que estoy escribiendo su vida, tratando de develar el misterio profundo de ese ser de luz que al mismo tiempo fue obediente, y terriblemente libre y fuerte, que no fue solamente obispo. Que hablaba hace ya años del capitalismo, del socialismo, de la justicia". Los ojos de

la política



Clelia se entristecen e iluminan con el recuerdo de este hombre al que ella le decía que era como Jesús, espíritu y materia hechos uno. El reía.

DE BARRIO NORTE AL INGENIO

Desde chica, en su casa de Santa Fe y Callao, Clelia sentía una fuerte vocación de servicio que creía se canalizaría en el noviciado. "Pero cuando llegó el momento de entrar al convento, pensé: '¿Cómo voy a tener que obedecer a una superiora que puede ser que me mande cosas que yo siento que Dios no me pide? ¿Cómo puede ser que mi vientre no vaya a tener ningún bebé?' Y no entré." Se casó con un salteño, primo de Patrón Costas, y sus ansias de maternidad, compromiso social, y también la decepción matrimonial, se le develaron juntas en el ingenio San Martín Tabacal. "Cuando llegué ahí y vi la realidad de los indígenas, empezó mi militancia. Yo agarraba el caballo, y me iba siete, diez kilómetros, a enseñarles cómo alimentar a los chicos. Porque las mujeres iban con los bebés en la espalda al surco, y a veces les daban la leche de la mañana a la noche y los chicos vivían con diarrea. Me empecé a enloquecer.

–¿Cómo aguantó en ese lugar?

–Diez años estuve, pero es mi vida. No me arrepiento, al revés, bendigo los años que pasé ahí. Porque yo, que salía de una realidad de clase media alta, aunque muy evangélica en mi mente, cuando llegué al ingenio encontré ese campo de lucha que había dejado al no ser monja. Y gracias a los indígenas me concienticé. En esos diez años fueron cayendo todas mis hijas: seis mujeres. Así que me llené la vida con ellas. El padre era muy machista, salía del trabajo, se iba al club a jugar, a veces a chupar... Y así me fui dando cuenta de que no era eso lo que Dios quería conmigo. Yo había cumplido una etapa ahí y tenía que buscar mi camino. Y me vine con las cinco de la mano, y una en la panza, a Buenos Aires a buscar trabajo.

En el '66 conoció a Jerónimo, y en el '72 se casaron. El había sido ya suspendido. Asumir su amor no fue fácil para este obispo comprometido. Era inevitable, pero dolía. "Sin embargo, cuando se fue al campo para alejarse un poco –no sólo de mí, sino de todo el problema político–, me escribía cartas diciéndome 'todo tiene un nuevo color, el agua, las piedras'".

–Estaba enamorado.

– Yo lo cuento y me enternece, porque él no me decía porque no podía, pero ésas eran sus cartas. Para él era como un despertarse a la vida. En enero de 1967, desde Carapé, Jerónimo libraba su batalla: "Clelia querida, había pensado moderar un poco mis sentimientos para que no me extrañes demasiado. Quisiera que me pongas en Dios y allí me dejes. Será mucho mejor y nuestro amor saldrá ganando, pero te he prometido ser transparente y aunque pensé callarlo no puedo dejar de decirte, mi Clelia del alma, que te quiero mucho, muchísimo y te extraño tanto, pero tanto, como no te podés dar una idea". (*Mi nombre es Clelia*)

–¿Cómo fue el encuentro, amoroso y sexual, con un hombre que se permitía el amor siendo grande?

–Jerónimo tenía 45 años y era realmente célibe, un alma tan limpia... El encuentro para nosotros fue medio como teilhardiano, cósmico. Para nosotros era como que yo era un poco la tierra y él era el que volcaba su amor a la tierra, su compromiso. En nosotros nunca la mística estuvo separada del amor. El encuentro sexual era espiritual, pero no por eso alienado. Era maravilloso, realmente pleno.

En el '74 llegó el exilio, también urgente. La Triple A le daba a él 72 horas para dejar el país. Directo a Roma, a denunciar ante el Vaticano que se venía un baño de sangre en la Argentina. "La Iglesia escuchó, y era la única institución que podía haber hasta mandado una excomunión si era necesario, y no lo hizo." Volvieron en el '81, poco a poco los viejos amigos vivos aparecían, todos con miedo. Podestá y Clelia reanudaron sus reuniones de cristianos críticos que hacían ya antes de irse, y también su militancia en el movimiento de "Sacerdotes casados y sus esposas". La unión de Clelia y Jerónimo fue pública y combatida duramente por la Iglesia. Ellos no sólo la sostuvieron sino que se transformaron en líderes de otras parejas en situación similar, de sacerdotes casados.

–Como les pasó a ustedes, lo que une a estas parejas, ¿suele ser un compromiso social común?

–Claro, es una opción de vida en común. Yo siempre decía con Jerónimo "Bueno, pero ¿qué fue lo nuestro?". Fue el encuentro de dos opciones de vida que se hicieron una y más fuerte. Teilhard de Chardin tiene una frase muy linda que dice: "No es mirarnos uno en el otro, sino mirar los dos juntos hacia arriba y hacia adelante".

–¿El hombre y la mujer comparten la presidencia?

–Ah, sí, la presidencia es la pareja. Al principio costaba, un poco por culpa del machismo de los curas, que estaban acostumbrados a hablar. Y fue muy gracioso porque en Italia una española se paró y dijo: "Pues si van a seguir hablando de teología y no nos van a escuchar, yo me levanto y me voy". Y las mujeres empezamos a hacer ese tipo de cosas. Y yo siempre entraba por la imagen, porque estaba de frente con Jerónimo y si él hablaba, también hablaba yo. A mí me resulta a veces más difícil porque no es un cura, es un obispo, entonces la gente quiere escucharlo, pero yo muchas veces pienso que como mujer tengo algo importante que decir y tengo que interrumpir.

–¿Y él respeta su rol?

–Generalmente no me interrumpe porque sabe que yo enseguida salto. Jerónimo me da calce, lo que pasa es que, para hablar, él se hace un esquema y empieza, y es una maravilla, pero yo a veces le digo que tendría que tener un semáforo en la frente y cuando se pone rojo yo entro, porque muchas veces yo no sé si él va a seguir con su pensamiento y yo estoy mordiéndome para decir lo que quiero y entro, lo corto, y ahí reacciona.

Jerónimo sigue mansamente reparando figuras e iglesias. Antes vivían solos, la familia se agrandó con la llegada de una de las hijas de Clelia con sus hijos y nietos. No hay perturbación. La casa es grande, y él "muere" por su bisnieta de tres años. Abraza a Clelia para las fotos, se percibe su intimidad física, su contacto natural. Y de refilón ve otra iglesia cascada. No importa, la nena está por llegar de la plaza.

ARQUETIPOS

El Roble


IMAGE BANK

POR M. M.

No suele ser muy expresivo. Más bien es de aspecto hierático-cínico como Robert Mitchum, ese actor que tomó la palabra "duro" al pie de la letra, o como las esculturas cavadas en las rocas que rodean el Gran Cañón del Colorado. Su función es parecida a la del perro San Bernardo que, en los cuentos infantiles, llega con su barrilito de ron para iniciar en el alcoholismo a un futuro cadáver con aspecto de escultura de Segal hecha en hielo y nieve. O a la del bombero que nos levanta en brazos del alféizar de una ventana adonde estábamos dando chilliditos de Bety Boop. O a la de King Kong cuyos dedos pueden cubrir a una mujer de la cabeza a los pies mientras la inunda de amor con los ojitos.

El roble es el que entierra al viejo gato doméstico en el jardín del fondo mientras su familia aúlla de dolor encerrada en el piso superior de la casa. El que lee antes que nosotras un mal diagnóstico de salud y nos lo explica insistiendo en las estrategias posibles y no en las estadísticas apocalípticas. El que puede aguantar durante toda una noche un ataque de angustia verborrágica –arañazos y mordiscones incluidos– con el solo grupo soporte de un café negro, unos cigarrillos y rápidas ojeadas de respiro al televisor encendido. El que escucha con atención que estamos dejándolo y sin embargo nos ayuda, en silencio, a meter las valijas en el taxi y también el que colabora más tarde a colgar la ropa en el placard, si es que alguna vez volvemos. No, no ¡no se confundan! No es el indiferente ni el zoombi ni el nihilista. Su procesión suele ir por dentro, pero es una procesión sin rezos a los gritos ni gente de rodillas dándose con una vara pinchuda en la espalda, es más: no tarda en dispersarse dejando las veredas de su vida interior vacías, la cruz metida de nuevo en la iglesia y el sol en lo alto. "Y, bue...", "qué va a hacer..." suele decir el roble si es simplón o "prefiero la nada antes que la pena" si es pedante.

El roble es esa mole sonriente aunque un poco rígida que solemos divisar al volver de la anestesia, la cabeza que sobresale por sobre las otras en el aeropuerto, el que cuando hace el amor aunque nos deje extenuadas y gozosas nos deja también la impresión de haber sido pisadas por un oso polar. Muchos dirán que es un tronco. En realidad es fuerte sin ademanes. Nadie dijo que no pueda ser histérico, infiel, impotente, fiolo, asesino serial o que carezca de cualquier encanto maligno. Pero es exactamente "el hombre que está ahí". Lo malo es que responde al dicho acerca de los robles: no se doblan, pero se quiebran. Es decir de pronto y sin aviso, a tono con su parquedad directamente proporcional a su sombra protectora –es decir, enorme–, se va. Entonces puede ser que entre hipos, lágrimas, mocos y balbuceos comprobemos la horrible verdad: dejó de estar ahí.

TALK SHOW
POR MOIRA SOTO

Grupo de familia en callejón sin salida

Aunque de entrada buena parte del público pueda suponer que se trata de la legendaria creación de Lino Palacios llevada a la escena, *Doña Ramona* –reciente estreno teatral– pertenece al autor uruguayo Víctor Manuel Leites. La acción dramática de esta pieza escrita en 1982 transcurre en Montevideo, a comienzos de siglo, y la Ramona del título es una joven y linda ama de llaves, santurrona hasta la pedantería, ambiciosa y a la vez ingenua, que aterriza en el propio seno de un grupo familiar –tres hermanas y un hermano– integrante de la próspera burguesía en alza.

Esta Ramona pertenece, de todos modos, como la de la historieta, al personal doméstico, si bien se ubica en una categoría más alta que la de la criada del mismo nombre, tan bruta como la Cándida de Niní Marshall, que se adelantó con sus ocurrencias disparatadas a los chistes de gallegos. En realidad, Doña Ramona asciende a ama de llave's luego de servir como criada en una parroquia. Ella teje su frágil telaraña entre citas evangélicas y la imposición de rígidos controles en la organización y administración de la casa, llegando a modificar las costumbres de sus habitantes y a estrechar el encierro de las hermanas.

Pero antes, mucho antes de que Ramona llegara, parte de las riendas del manejo doméstico las tenía Magdalena, la vieja y sabia sirvienta que los conoce a todos como si los hubiera parido. Ella sobrevive con buen humor y algunas triquiñuelas, conociendo y aceptando los límites impuestos. Pícara, irónica pero también compasiva, a Magdalena no se le escapa una. Más bien, se las ve venir a todas. Reúne características de tantos valets, mayordomos, pinches o mucamas de adentro –como la de *Lo que el viento se llevó*– que en la ficción han mantenido una relación de interdependencia casi simbiótica con sus patrones.

A pesar del humor incisivo en la descripción de los personajes y del tono aparentemente ligero de algunas situaciones, algo turbio, siniestro se está cocinando dentro del grupo familiar que incluye a una señorita con vagas inquietudes sociales. El autor va dejando caer señales que anuncian la tragedia: alguien tendrá que ser devorado para que todo siga igual. Las hermanas, con distinto grado de participación, tienden la trampa ruin y dejan caer la presa que amenazaba la estructura familiar. Es entonces cuando se eleva la voz de Magdalena, conciencia moral que rechaza el cruel sacrificio. Este personaje, "bisagra entre dos mundos", según la directora Liliana González, está a cargo de la admirable Zulema Caldas. Dentro de un elenco eficiente, bien dirigido, vestido e iluminado, Caldas descuella con su gracia impar. Con esa clase de encanto irresistible que mete al público en el bolsillo de su delantal a poco de empezar esta meritoria pieza.

